

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría de Investigación en Literatura

Mención en Escritura Creativa

Al abrigo de la pantalla

Mauricio Andrés Zuleta Cevallos

Tutor: Leonardo Pedro Valencia Assogna

Quito, 2021



Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Mauricio Andrés Zuleta Cevallos, autor de la tesis intitulada “Al abrigo de la pantalla”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Literatura en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

19 de noviembre de 2021

Firma: _____

Resumen

Las nuevas tecnologías de la información y la comunicación deberían plantearnos dudas sobre el uso que les damos. ¿Entendemos mejor lo que ocurre a nuestro alrededor por tener acceso inmediato a la información? ¿Conocemos de verdad a las personas que nos rodean por gozar de más canales de comunicación? Son preguntas que el presente trabajo trata de dilucidar. En la primera parte, se abordan las teorías de filósofos y sociólogos sobre el mundo contemporáneo, intercaladas por reflexiones de grandes escritores, para profundizar en las dinámicas sociales y políticas que han surgido como producto de la tecnología y la globalización. Con su ayuda, además, se explica el propósito de escribir narrativa en nuestra época y se analiza el material que viene a continuación. En la segunda parte, están los cuentos que se han elaborado gracias a la reflexión crítica y al entendimiento del ejercicio de la escritura. Se trata de un volumen integrado por diez cuentos. Cada uno de ellos ha requerido una forma particular de ser escrito, lo que no quiere decir que sea una pieza única en una galería. Hay una línea temática muy disimulada, dividida en dos, aunque realmente es la misma, que atraviesa el libro de un extremo al otro: cómo las relaciones humanas han sido modificadas por el (ab)uso de las tecnologías y de qué modo la globalización se ha impuesto al bienestar de la gente. El resultado es un libro habitado por personajes deprimidos, ansiosos o reprimidos que temen confesar lo que sienten y prefieren dejarse llevar por el curso de los acontecimientos antes que manifestar su dolencia. Se mueven a través de un tiempo brumoso e indeterminado, que muchas veces tiene la consistencia de un sueño, porque repiten un día tras otro las mismas rutinas sin pensar en su significado. Pueden desplazarse grandes distancias y no llegar jamás a ninguna parte, como si no les quedara otro espacio que el nicho diminuto donde conviven todas sus emociones cotidianas. En otras palabras, *Al abrigo de la pantalla* es un volumen de cuentos que ha intentado reflejar la inestabilidad emocional del individuo contemporáneo, el estancamiento temporal que nos engaña con las fechas y la desesperante sensación de que estamos atrapados siempre en el mismo lugar.

Palabras clave: nuevas tecnologías, información, comunicación, globalización, mundo contemporáneo, escritura, cuentos

A Carla Zuleta.

Agradecimientos

Mi gratitud a la Universidad Andina Simón Bolívar, por concederme la beca con la que he tenido la oportunidad de estudiar gratuitamente, así como de subsistir con el estipendio durante los meses difíciles y confusos de la pandemia.

Gracias a los profesores de la Maestría en Literatura, por iluminar de uno u otro modo el camino en la ardua elaboración de mi trabajo artístico.

Sobre todo, agradezco a Leonardo Valencia, por confiar en mí desde el primer momento, tener paciencia para corregirme y poner en orden mis ideas.

A Margarita Grijalva, por las lecturas agudas y críticas de las sucesivas versiones de mis cuentos y estar presente cuando más lo he necesitado.

Tabla de contenidos

Introducción.....	13
Estímulos fugaces, consecuencias duraderas.....	15
1. Impaciencia y pereza	15
2. El individuo contemporáneo.....	16
3. La globalización como red y domo	18
4. El escritor en el mercado cultural	19
5. Acerca de <i>Al abrigo de la pantalla</i>	21
Primer cuento: Fidelidad al itinerario	29
Segundo cuento: Las exigencias del oficio.....	35
Tercer cuento: El reverso glacial de su recuerdo.....	39
Cuarto cuento: Deposición	49
Quinto cuento: Al abrigo de la pantalla.....	55
Sexto cuento: Pronóstico	63
Séptimo cuento: Una relación a distancia.....	71
Octavo cuento: A pasos de gigante	77
Noveno cuento: Levantar el polvo.....	83
Décimo cuento: El fin de la espera.....	91
Conclusiones.....	97
Obras citadas.....	99

Introducción

El rumbo de la humanidad se presenta como una gran incógnita en nuestros tiempos dominados por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Se supone que tenemos más medios para informarnos, pero sabemos menos sobre lo que pasa a nuestro alrededor. Se supone que disponemos de más herramientas para comunicarnos, pero nos sentimos aislados y nos cuesta crear vínculos duraderos. ¿A qué se debe? Una respuesta, o al menos un vislumbre, puede venir desde la literatura.

Como todo arte, la literatura se nutre de las circunstancias en que es producida. De cierto modo, aunque no es un espejo de la realidad, puede servir para comprenderla. Por lo mismo resulta indispensable que el escritor se involucre con su tiempo para ser capaz de crear una obra que vaya de la mano con el curso del mundo.

En mi caso particular, yo identifico a la globalización y la tecnología como las causas del malestar generalizado de nuestra época y deseo ahondar en las sensaciones que produce. Mediante su análisis, se comprenderá mejor cómo nos ha afectado la virtualidad, sobre todo en el aspecto de las relaciones humanas, y podré capturar las consecuencias que ha tenido en nosotros.

Mi objetivo consiste entonces en escribir un volumen de cuentos que retrate las dinámicas sociales contemporáneas. Asimismo, me he propuesto dentro de mis cuentos examinar las emociones que produce la (des)conexión en nosotros y recrear los estados de ánimo de la gente en lo que concierne al espacio y el tiempo.

Para poner en discusión los temas relacionados con la tecnología y la globalización he seleccionado varios libros de Zygmunt Bauman, Gilles Lipovetsky y Remedios Zafra, intercalados por citas de los diarios de tres escritores: Franz Kafka, Ricardo Piglia y Elías Canetti. De ese modo, me propongo conceptualizar mis ideas acerca de los fenómenos contemporáneos, antes de pasar al libro de cuentos que es el fundamento de mi trabajo.

Estímulos fugaces, consecuencias duraderas

1. Impaciencia y pereza

“Hay dos pecados humanos capitales, de los que se derivan todos los otros: impaciencia y pereza. Por la impaciencia fueron expulsados los hombres del Paraíso, por la pereza no vuelven a él. Pero tal vez haya sólo un pecado capital: la impaciencia. Fueron expulsados a causa de su impaciencia, no vuelven a causa de su pereza”, dice Kafka (2005, 39-40) en una de las entradas de los cuadernos en octavo del 20 de octubre de 1917. Si se toma por delante el componente religioso, venido a menos en nuestros días, puede parecer obsoleto el aforismo de Kafka. Pero los dos vicios sugeridos, en cambio, aún tienen mucho que decirnos, sobre todo a nosotros que vivimos seducidos por las pantallas de nuestros dispositivos móviles y actuamos como criaturas egoístas que se rehúsan a reconocer la crisis.

Quien agota los contenidos de la página de inicio de sus redes sociales, o compra artículos inútiles por encontrarlos en oferta, o busca incesantemente nuevas oportunidades de empleo en plataformas digitales, o ahonda sin respuesta en las causas del malestar difuso que lo acomete a todas horas, conoce a profundidad la impaciencia. Quien permanece en el mismo trabajo porque no tiene la opción de abandonarlo pese a que le acarrea problemas, o posterga indefinidamente la realización de sus proyectos personales, o reniega cuando escucha hablar de los males del neoliberalismo, o conmina a quien se queje de las pésimas condiciones en que vive, sin saberlo actúa por pereza.

La impaciencia nos hace tomar decisiones caprichosas. Así como Adán y Eva comieron del árbol del conocimiento pese a la restricción impuesta por dios, nosotros mordemos los anzuelos que nos tienden las redes sociales, la publicidad, los anuncios de empleo y las frases de superación personal. Creemos que por consumir sin control vamos a ser más felices o que al menos disminuirémos en algo la pesadumbre acumulada. Confiamos ciegamente en el sistema y caemos irreflexivamente en los señuelos que pone en nuestro camino para conformarnos.

La pereza se traduce en postergación. En lugar de recobrar el Paraíso perdido, nos excusamos ante nosotros mismos diciéndonos que más tarde, cuando reunamos suficiente dinero, cuando cosechemos más logros, cuando hayamos allanado el camino, podremos comenzar nuestra verdadera vida. Mantenemos la ilusión de que algún día nos

entregaremos por completo a nuestros sueños. Mientras tanto debemos sacrificar nuestra juventud, nuestra estabilidad psíquica y emocional, nuestros recursos en nombre de una responsabilidad personal que nos dicta que somos los únicos mandatarios de nuestras vidas. De antemano nos negamos la posibilidad de entablar diálogo con el resto y sugerir alternativas más viables para conducir nuestro mundo.

Por impaciencia los seres humanos consumimos simulacros de la manzana original y nos alejamos más del orbe ideal del Paraíso; por pereza descartamos el debate sobre los males contemporáneos y no tenemos intención de movilizarnos hacia un cambio más sostenible.

2. El individuo contemporáneo

En nuestros tiempos se habla cada vez más de individuos y menos de personas. Cada quien actúa por y para sí mismo. Solo damos cabida a nuestros propios deseos y preocupaciones en nuestras mentes. Los deseos, por un lado, son los objetos que nos seducen desde el otro lado de las pantallas o de los mostradores y que depende de nuestro esfuerzo poder comprarlos. Las preocupaciones, por el otro, son vagas ideas que nos causan malestar, pero contra las que no podemos definir una línea de acción porque no logramos determinar su origen. Vistos desde lejos, los unos parecen estar en las antípodas de las otras. No establecemos la estrecha relación que tienen entre sí.

El mundo digital nos presenta una gran variedad de opciones, cada una más atractiva que la otra. Anuncios y ofertas se descuelgan por todas partes. Aparentemente basta con pulsar un botón para obtener lo que deseamos. Es cuestión de dar rienda suelta a nuestros caprichos y dejarnos guiar por la excitación del momento. Pero muchas veces el costo es más elevado de lo que podemos permitirnos o no reunimos las condiciones para hacernos acreedores de lo que queremos. Incluso hay veces en que con el objeto del deseo entre las manos nos damos cuenta de que no satisface nuestras aspiraciones y haríamos bien en buscar uno nuevo para reemplazarlo.

Es entonces cuando nuestra estabilidad psicológica empieza a quebrarse. Por obedecer a los estímulos de la excitación que produce el mundo digital en nosotros, caemos en una espiral de consumo o de abstinencia forzada que mina nuestra confianza en nosotros mismos. Como residuo queda la preocupación por lo que acabamos de adquirir, ya que se trata de gastos innecesarios, o por no tener el dinero suficiente, lo que

nos obliga a empeñarnos más. Por decirlo de otro modo, la excitación del deseo da paso a la frustración de la preocupación.

El proceso es desgastante porque se repite todo el tiempo y se manifiesta de diversas formas, siempre con los mismos resultados. Otro ejemplo se observa en las interacciones digitales, el tema que más me interesa profundizar en el libro. Uno se crea la ilusión de conocer a una persona a través de lo que puede ver sobre ella en la red. Confía en la imagen que ella ha tramado de sí misma para deleite de los cibernautas. Pero cuando hay un aproximamiento, es inevitable constatar que la realidad y la representación virtual no coinciden. El individuo contemporáneo se siente estafado. No puede creer que haya sido tan crédulo. Lo increíble es que encontrará en poco tiempo otra persona, del mismo modo en que ha dado con otros objetos, que convertirá en lo que más desea. Así, con impaciencia, el individuo se mueve a través de una vertiginosa corriente de personas y productos que lo excitan, sin saciar sus ansias de consumir. Al final, por pereza, se queda con el amargo sabor de la frustración.

No se puede explicar de otra manera que seamos criaturas escindidas: exhibimos confianza y optimismo en la superficie para demostrar que somos tan capaces como cualquiera de conseguir lo que sea, mientras llevamos una vida interior atormentada porque nunca estamos satisfechos con lo que tenemos o no podemos obtener lo que queremos. Actuamos en menor escala como el personaje esquizoide por antonomasia de la sociedad consumista: Tyler Durden. Nos sentimos apocados como el narrador de *Fight club* (Fox 2000 Pictures 1999), pero querríamos lucir y coger como Tyler Durden, ser inteligentes, capaces y, más importante, libres como él. Claro, no llegamos al extremo de disociarnos como el protagonista, en su lugar engendramos otra clase de enfermedades mentales como la depresión, así como una gran variedad de trastornos psicosomáticos.

Las circunstancias actuales han agravado la sensación de la que hablo. La pandemia nos ha empujado a una tecnologización acelerada, en América Latina como en otros sitios. Ahora el espacio donde conviven todas nuestras emociones cotidianas es el mismo, no tenemos escapatoria ni alivio. Solo nos queda el ilusorio puente de descarga que representa el mundo digital. Ahí se bombardea nuestra excitación, ahí crece nuestra frustración. Entonces se abre una grieta, que puede presentarse como un abismo de soledad tanto como un resquebrajamiento psicológico, que cada noche se cierra apenas para más tarde volver a romperse. Lo mismo ocurre día tras día, hasta que nos da la impresión de que el tiempo no transcurre, de que estamos suspendidos en un sueño iterativo. Hoy más que nunca “ya no hay sólo una aceleración de los ritmos de la vida,

hay también una conflictividad subjetiva de la relación con el tiempo” (Lipovetsky y Charles 2006, 80).

Si el futuro está abolido, porque se ha perdido la confianza en la idea de progreso, y el pasado se desdibuja en miles de relatos sin puntos de referencia, porque la Historia se ramifica y se moldea de acuerdo con las convicciones personales, solo queda un presente estático. Como bien señalaba Lipovetsky (2015, 51) en un año tan lejano como 1983, “hoy vivimos para nosotros mismos, sin preocuparnos por nuestras tradiciones y nuestra posteridad: el sentido histórico ha sido olvidado de la misma manera que los valores y las instituciones sociales”.

3. La globalización como red y domo

Hemos perdido la guía de ruta del sentido histórico. Las instituciones sociales ya no se enfocan en solucionar problemas públicos o respaldar al ciudadano corriente. Ahora tenemos un mundo personalizado, que se ajusta a la perspectiva de cada individuo, donde la solidaridad, la compasión y la piedad han sido desterradas. Cada quien debe responsabilizarse de sus actos. Nadie puede esperar remediaciones por parte de otros, mucho menos del Estado. “No solidarizarse con el otro sino evitarlo, separarse de él: tal es la estrategia de supervivencia en la megalópolis moderna” (Bauman 2017, 56). Así entramos en la globalización, un proceso que ha minado el poder político durante décadas para elevar la economía por encima de cualquier gobierno. El capital entonces se convierte en el motor y carburante, simultáneamente, de la vida social. Impone sus propias leyes en beneficio del mercado global y exige que se dinamice su circulación, sin tomar en cuenta las repercusiones sociales o los problemas locales que pueda crear.

Con el traslado de las operaciones financieras a la red se ha vuelto más sencillo acelerar el flujo del dinero y controlar su destino desde donde sea —de modo que el tiempo como factor se elimina y solo queda el espacio. La globalización hace que cada esfera de la vida, que antes eran circuitos más o menos autónomos, ahora dependan por completo del capital. Conscientes de su ubicuidad, las grandes empresas amenazan a los gobiernos de turno con migrar a donde haya un entorno menos “rígido” si se rehúsan a acatar su voluntad, y al Estado no le queda más remedio que someterse para no bajar la inversión extranjera ni perder credibilidad en el ámbito financiero.

El costo humano de las apuestas estatales en el casino de la globalización (o de la hiperglobalización, como algunos la llaman), donde la posta siempre es mayor que la

ganancia, ha sido terrible, más aún en el escenario actual devastado por la pandemia de covid-19. Millones han fallecido. Y el Estado, que no puede más que mirar impávido cómo las decisiones en materia de empleo y explotación de recursos recaen sobre manos ajenas, se supone que debe hacerse cargo de esa cruda situación. Su única tarea en la actualidad, ni más ni menos, consiste en brindar seguridad. Pero como al Estado no le queda otra opción que satisfacer los requerimientos del poder económico, orienta sus recursos a la protección de bienes privados y al amurallamiento de los límites territoriales, mientras los más pobres mueren sin ninguna clase de seguimiento. “En el mundo de las finanzas globales, la tarea que se asigna a los gobiernos estatales es poco más que la de grandes comisarías” (Bauman 2017, 127). Es decir, el Estado prefiere complacer los intereses privados antes que responder a las llamadas de auxilio de los pobres. Así pretende evitar que la inversión privada se aleje en busca de horizontes más “flexibles” y mantener a la gente dentro y a los inmigrantes fuera para responder a la demanda de mano de obra.

La globalización es una red tejida con el poder del capital a través de la que circulan sin pérdida de tiempo los mandamases de la economía mundial. También es un domo que constriñe hasta ahogar a los individuos que no pueden recorrer sus hilos ni participar en la toma de decisiones.

4. El escritor en el mercado cultural

El escritor contemporáneo, supeditado como está a las imprevisibles fluctuaciones del mercado editorial, pertenece a la segunda clase de individuo. La cultura también ha sido engullida por la globalización y la sociedad de consumo, afectando a los creadores artísticos hasta asfixiarlos. Y como lo que es más llamativo y pomposo atrae con mayor facilidad las miradas del público, ya no tiene importancia el contenido de los libros tanto como la portada y las estrategias de mercado de las editoriales. Como intuía Piglia, “cada vez más los escritores dependen de su imagen pública y de la construcción de una figura que tenga efecto y menos de sus libros” (2019, 955). Una observación clarividente, dado que la escribió el lunes 21 de noviembre de 1977 en su diario. Al final la literatura se convierte en un producto cualquiera que no se distingue realmente por la calidad de sus publicaciones sino por la amplia variedad de su catálogo.

Actualmente los escritores que producen un mayor golpe de efecto tienen una particularidad: son los protagonistas de sus propios libros. Es decir, tratan de hacer pasar

su imagen privada por su imagen pública, tal como lo hace el resto de la gente en redes sociales. Pretenden hacer encajar su representación literaria (apariencia) con su experiencia vital (realidad).

Hay un grave problema en ese tipo de ficciones. Se publican muchos libros nacidos de anécdotas que, por tumultuosas o extravagantes, parecen apropiadas para ser escritas. Pero en la ausencia de forma y el pobre papel del narrador en primera persona se advierte la falta de un programa estético que sostenga el contenido. Además, los escritores parecen impacientes por vivir nuevas experiencias y recopilar material para sus obras. Ansían publicar un libro cada año. Desean obtener un éxito inmediato sin reflexionar sobre el ejercicio de la escritura. Son perezosos.

Pero la necesidad de escribir, al menos como yo la comprendo, no responde a un impulso involuntario. La mente del escritor rebulle a diario. Cuando el magma de ideas, recuerdos, imágenes, reflexiones y sueños se articula hasta insinuar una forma más o menos coherente es que el escritor se sienta frente al teclado. Porque la escritura no es un proceso que se da de la noche a la mañana, sino que crece en el interior conforme la realidad y el inconsciente nos proporcionan material que refrende nuestras intuiciones al punto de exigirnos una vía de escape. De ahí que la mejor manera de contemplar la evolución de los pensamientos y emociones sea llevar un diario o un cuaderno de apuntes, tal como Kafka, Canetti o Piglia, con la ventaja de que ahora podemos hacerlo en archivos digitales y aplicaciones móviles. Reivindico el valor del estado contemplativo en que el escritor toma conciencia de sus inquietudes estéticas, porque es un estado cada vez más difícil de alcanzar, si se toma en cuenta que nuestros “tiempos rápidos y excedentarios no promueven el esfuerzo y tiempo que precisa la conciencia, sino que derivan más hacia lo emocional y lo que reconforta (aquello que refuerza lo que ya pensábamos)” (Zafra 2017, 38).

En la anterior cita de Remedios Zafra hay una verdad amenazadora sobre el futuro de la creación artística: por enfrascarse tanto en sí mismo y conducirse por sus emociones, el creador contemporáneo pierde de vista los sentimientos de otros y rechaza escuchar sus opiniones. Flota en la falsa certeza de que el mundo está hecho tal como cree. Solo le atrae lo que lo reconforta. No advierte que la complejidad de lo real queda reducida por la velocidad a la que se mueve y por la conversión de cada aspecto de su vida a una serie de números. Ignora el sufrimiento ajeno y le cuesta situarse en la perspectiva de su vecino. La idea de combatir o desafiar el estado de las cosas no cruza su mente. Entonces, como

dice Zafra, “no tardamos en advertir que el sistema cultural se vale hoy de una multitud de personas creativas desarticuladas políticamente” (2017, 21).

El verdadero trabajo del escritor contemporáneo no se reduce a relatar sus peripecias doblando el desenlace de su historia hacia la superación o el éxito, sino que se extiende a intentar comprender realidades ajenas mediante la metamorfosis. El escritor debe salir del mundo numérico, por tanto geométrico y cuadrado, de la tecnología, rechazar las imposiciones del mercado, que lo precipita a la producción acelerada, y apropiarse de su herramienta, el lenguaje, para explorar otras perspectivas y establecer nexos de diálogo con fuentes diversas. Después de todo, “la época en la que se defiende uno contra algo es para el escritor la más importante. En cuanto se rinde, deja de ser escritor” (2008, 129), dice Canetti en la primera parte, “La provincia del hombre”, del primer tomo de sus *Apuntes*, escritos en 1946.

5. Acerca de *Al abrigo de la pantalla*

El volumen de cuentos que sigue a continuación ha sido escrito en el transcurso de varios años. Las ideas de algunos de ellos surgieron mucho antes de que yo estuviera en condiciones de poder escribirlos. Tuvieron que reposar en cuadernos, documentos de Word, libretas de apuntes, hojas sueltas, notas o recordatorios de celular. No me animé a escribirlos porque era consciente de que desconocía aún la forma de narrarlos. Me demoré mucho más en confeccionar la forma que en definir la anécdota que contaría. Al final reuní un total de diez cuentos.

Los procedimientos, como se verá, difieren de uno a otro. He explorado las soluciones narrativas que más le convenía a cada cuento. Lo que de todas maneras no quiere decir que cada pieza sea una muestra única en una galería. Se percibe cierta organicidad temática, cierta complicidad en los narradores, cierta tendencia depresiva en los personajes, cierta atmósfera de sueño, cierto estancamiento temporal que le conceden unidad al volumen.

Los personajes se mueven entre los polos de la excitación y la frustración, estimulados por las tecnologías digitales o las tendencias de la globalización. Parecen ansiosos por alcanzar algo o devastados por no tenerlo. Se dejan llevar por sus impulsos sin entender o revelar sus verdaderas emociones. Cuando se refieren explícitamente al objeto de sus deseos, se intuye que no se trata del motivo real de su agitación interna, que

hay algo más que no se dice, que ha sido desplazado de la narración, que es la causa de todo. Andan en tránsito permanente sin que eso signifique que lleguen a ninguna parte.

La mayoría experimenta una sensación análoga a la de Amalfitano, el protagonista de “Fidelidad al itinerario”, en el tren que lo transporta de su ciudad a la universidad del norte donde debe dar una conferencia: “conjetura que se desliza por un plano recto infinito que, aunque se afana en desplazarlo, no consigue nunca que cambie su punto de vista o que, aunque altere su trayectoria, él no lo percibe por efecto de su ensimismamiento”. El fragmento, ubicado a mitad del cuento, da la pauta para deducir la inmovilidad del personaje y la detención del tiempo, que se ven reforzadas por símbolos como la línea recta o ligeramente torcida y el reloj de campanas descompuesto.

Así se crea una atmósfera opresiva que vuelve al relato repetitivo, hasta conjeturar que se ha caído en un laberinto metafísico. Se juega con la percepción del tiempo con los símbolos antes mencionados para sugerir que Amalfitano jamás ha despertado. No por nada la oración del inicio se repite con algunos retoques al final: “Sentado contra la pared con las piernas recogidas y los brazos cruzados con fuerza alrededor, el mentón enterrado entre las rodillas, mira suplicante la circunferencia roja de la campana. ¿Por qué demonios no suena?, se le escapa en un murmullo”. También, con el paso de una metáfora a otra, se insinúa la posibilidad de que el personaje se encuentra en el mismo ámbito y que su vergüenza es más grande por quedar exhibido ante los alumnos en su sueño: “Si su habitación era una pecera, ahora está en un acuario”. Entonces se entiende que Amalfitano ha recreado su rutina en un estado de duermevela y ha llegado a una conclusión desasosegante: sin sus dispositivos electrónicos o la información de la red, él no tiene nada que ofrecer. Repite los mismos gestos cada día, intenta probarse a sí mismo su valor, cree que posee grandes conocimientos, pero como ha delegado todas las funciones que le competen en la tecnología, cuando esta le falla se vuelve un inútil.

Si “Fidelidad al itinerario” constituye el reflejo deformado de un hombre que abusa de la tecnología y repite irreflexivamente su rutina, “Las exigencias del oficio” es su contracara. La narración heterodiegética en tercera persona sigue las vicisitudes de Nicolás Pontón, un escritor viejo que se recluye lejos de la ciudad a escribir. Él tiene una alta concepción de sí mismo. Ha trabajado durante muchos años bajo el mismo sistema, sin adaptarse a las nuevas corrientes. Abomina de la tecnología por considerarla una excusa para la distracción. Piensa que con su última novela “ha alcanzado la cumbre de su arte” y que ha logrado algo inédito. Según su propio pensamiento, referido en estilo directo:

Si bien la incomunicación ha constituido uno de los temas fundamentales de la literatura, pensaba Pontón, ningún escritor contemporáneo había podido hasta entonces capturar los fundamentos del individualismo que derivaron en el comportamiento egoísta y cerrado de las sociedades actuales ni sugerir una propuesta ética capaz de aproximar de nuevo a la especie humana y conducirla a su reconciliación.

Una oración larga, pesada y pomposa, muy distinta de las construcciones gramaticales más sencillas que caracterizan mi escritura narrativa, y que por lo mismo no hay que tomar como una valoración del narrador sino como la presunción del mismo Pontón. Ya que es tan elaborada, también tiene otra misión específica: provocar al lector.

Como un remiendo en un tejido o una nota discordante en una música, así resulta la idea de Pontón acerca de sus propios méritos literarios. El lector, sin duda, se sentirá atraído por ella, incluso puede que le parezca tan difícil de seguir que deba releer la oración, con el resultado de que le parecerá más irónico el fin del personaje: Pontón no consigue explicar lo que ha estado haciendo, además de que por no *estar conectado* ignora que hay una emergencia sanitaria. Por eso el diálogo con el agente que lo ha detenido avanza en una mezcla de estilo directo e indirecto libre:

¿Restricciones sanitarias? ¿Preso? ¿De qué está hablando? Él permaneció recluido en su propiedad escribiendo su gran novela. Aunque no lo crea, él consiguió algo que nadie más entre todos sus colegas de oficio ha conseguido. ¿Qué?, dice el agente. ¿De qué?, dice Pontón. ¿Qué consiguió?, dice el agente. Pontón se petrifica en el gesto de articular una palabra. El policía lo mira aún más preocupado. Voltea ligeramente la cabeza. Masculla por encima del hombro a sus compañeros: cree que también delira.

De cierto modo, el cuento es una reformulación del mito del creador encerrado en su torre de marfil, con una alarmante llamada de atención: el escritor no puede fingir ceguera ante lo que pasa en el mundo (como Pontón en su propiedad sin siquiera caer en cuenta de que están deforestando los bosques aledaños), sino que debe asumir un compromiso político con su tiempo y actuar de acuerdo con la coyuntura. Y al mismo tiempo es una reflexión, si se lo analiza en conjunto con el primer cuento, de que no podemos vivir sin la tecnología, aunque tampoco debemos llegar al extremo de dejarnos absorber por ella.

El cuento que da título al volumen, “Al abrigo de la pantalla”, representa la expresión del vaciamiento emocional que nos provocan las conexiones digitales, en detrimento del contacto físico. El narrador en primera persona da cuenta de la evolución que sufre un individuo que busca en el contacto virtual la manera de olvidarse de sus problemas y mantener sus expectativas gracias a la ficción. Por eso ansía tener noticias

de su novia y chequea su celular en espera de un mensaje. Mientras tanto desarrolla una serie de digresiones que le permiten mantener la tensión narrativa hasta el final. La principal característica del relato es que, a medida que el espacio se vuelve más reducido para el protagonista, él también parece perder el control de lo que cuenta. La impotencia crece hasta volverse insoportable.

La estrategia que sirve para probar el menoscabo que siente consiste en una progresiva degeneración del modo en que las voces a su alrededor se intercalan. Al inicio él es el filtro mediante el cual pasan. Usa el estilo indirecto en partes donde empieza a percibirse su frustración por no gozar de un lugar propio: “Mamá les contaba a sus invitados [...] que me había ido después del almuerzo”. Más adelante, cuando dialoga con su primo en la casa de este, pasa al estilo indirecto, porque el rechazo hacia él se torna más evidente: “No me avisaste que volvías hoy, me dijo”. Finalmente, cuando está encerrado en el baño y escucha ruidos del otro lado de la puerta, el segundo plano gana en fuerza hasta cobrar protagonismo y arrebatarse la narración: “Te digo que se fue con sus amigos. Tú lo sabrías si le hubieras escrito”. La focalización salta. El intruso olvidado, que momentos antes era el narrador, se ha quedado en el suelo sin posibilidades de combatir, mudo como un muerto.

Otro cuento que trata el singular rumbo de las relaciones modernas es “Pronóstico”. Como el anterior, está narrado en primera persona. La protagonista es una joven docente de educación primaria. Ella omite deliberadamente el núcleo de su historia en una paralipsis que la faculta para hablar de los acontecimientos recientes de su vida. El relato tiene una estructura circular, es decir, comienza *a fine*. Está dispuesto así porque en la recuperación del bienestar íntimo de la protagonista se produce un ciclo, que tiene su correlato en el fenómeno meteorológico que descalabra el mundo de ella y que le exige llevar sus clases por plataformas virtuales. Es gracias al tiempo de encierro que le han concedido que ella reflexiona sobre el curso de los vínculos humanos y se cuestiona la última relación que tuvo con un hombre que conoció a través de aplicaciones de citas: “Él poseía la extraordinaria cualidad de lucir siempre tal como había aparecido por primera vez en fotos para mí”.

En una época de conexiones volátiles, que sucumben al más leve contratiempo, o de acuerdos sexuales sin sentimientos, que se convierten pronto en desencuentros casuales, ella puede replantearse sus límites. Se da cuenta de que, si no está en condiciones de mantener una relación estable, mucho menos en la de educar a una criatura, pese a que se supone por su profesión que conoce bien a los niños. Reconoce

que la intromisión de la tecnología en cada aspecto de la vida también ha afectado la forma en que se relaciona con ellos. De ahí que en secreto decida abortar sola y sienta lástima por sus estudiantes “abandonados a la deriva”.

El eje temático del que me resta hablar (el más político, por cierto) está presente en dos cuentos ligados por una circunstancia soterrada: los protagonistas tienen trabajos miserables pese a que cuentan con título universitario. Es decir, en los dos cuentos se refiere la precariedad del sistema en que vivimos debido a la globalización. Comenzaré con “El reverso glacial de su recuerdo”. Se trata de un cuento dividido en dos historias paralelas que tienen como elemento desencadenante un golpe en la cabeza sufridos por el mismo personaje. La primera vez Jorge, un mesero joven e ingenuo, choca por accidente con su exnovia en una esquina. La segunda él cae en un delirio por el fuerte traumatismo e imagina que su exnovia regresa para ayudarlo a tomar venganza contra su jefa y una amiga de esta. Jorge desplaza sus verdaderos deseos, los hace pasar como si fueran los de su exnovia, para no confesarse a sí mismo que detesta su trabajo y a las personas de su entorno.

Para diferenciar las dos historias, más allá de las situaciones descabelladas que se suscitan en la segunda, hay una sutil variación en el uso del pretérito. Mientras la realidad de Jorge se narra con el pretérito perfecto simple: “—¿Jorge? —dijo una voz conocida”, en el delirio se cambia al pretérito imperfecto “¿Jorge? ¿Dónde estás?, preguntaba una voz conocida” para dotarlo de cierta ambigüedad.

Cabe decir que el cuento también es un alegato contra las figuras anquilosadas del mundillo cultural, representadas en la amiga de la jefa. De ahí que, en el delirio, el tríptico pintado por ella se escape de sus manos para convertirse en un collage sanguinario y violento a manos de Jorge y su exnovia, uno que muestre la inconformidad de la gente.

El otro cuento que se desprende del mismo eje es “Deposición”. El narrador protagonista, como Jorge, es un joven profesional. El relato está enmascarado bajo la forma de un testimonio que irá en los anexos de un informe sobre la precarización laboral. El narrador cuenta su propia historia, que a su vez es el resumen de cómo ha terminado escribiendo ese informe, con la particularidad de que, tal como su contratador, mantiene su identidad en el anonimato. Dado que está dirigido a este, ya que supuestamente él es quien ha realizado el trabajo, el contratador es el narratario del cuento. A diferencia de “El reverso glacial de su recuerdo”, aquí hay un narratario implicado que es el objeto de una apelación directa al término del primer párrafo bajo el sustantivo del “investigador”:

En primer lugar, quiero felicitarlo por su labor. En nuestro mundo hiperglobalizado ya nadie escucha los reclamos de los asalariados, ahora sinónimo de desfavorecidos. Le pido que preste atención a mi testimonio. Podría ser el de cualquier otro. Personas como yo abundan en todas partes. Pero espero que, como el mío formará parte de su informe sobre la precarización laboral, sea examinado minuciosamente por usted, el investigador.

Desde entonces se puede advertir la ironía resignada del narrador, que se vuelve incluso más corrosiva por su tono aparentemente desenfadado y desprovisto de estilo. Tal es el resultado de haber engendrado esperanzas sobre el futuro para comprobar en el presente estático en que parece suspendido que las opciones se reducen con los años y al final solo queda la frustración.

Así como están escritos, mis cuentos poseen cierta consistencia onírica, ya porque los personajes están cansados, ansiosos o deprimidos, ya porque sufren golpes o no despiertan del sueño, ya porque repiten las mismas actividades hasta el vacío día tras día. Algunos como “El reverso glacial de su recuerdo” están narrados en pasado, otros como “Fidelidad al itinerario” en presente, pero en ambos casos se produce la sensación de que el relato no ha terminado o que está a punto de reiniciar, como si se hubiera perdido la noción del tiempo y el narrador y los personajes vivieran en una dimensión suspendida. De esa manera se ilustra cómo el tiempo se ha borrado o ha perdido asidero para nosotros, incluso desde antes de la pandemia. Nos arrastramos siguiendo incesantemente las mismas indicaciones, hasta que al final se difuminan las fechas y parece que el paso de los minutos es una mera ilusión. Siempre uno y el mismo día. De ahí que nos desconcertemos cuando vemos el calendario (tal como la hace el narrador de “Deposición”: “Si me preguntara hace cuánto, diría que recién el año pasado. [...] me da esa impresión, luego surge la desconfianza. El tiempo se ha vuelto engañoso. Cuando uno se detiene a pensar, se le hace difícil fijar las fechas”) y comprobamos que un momento feliz o especial está más lejos de lo que pensábamos.

Mirar atrás resulta nostálgico o triste, sobre todo a quienes ya hemos salido de la universidad, o nos encontramos en el umbral entre la juventud y la adultez, y ya no sentimos que nos dirigimos hacia alguna parte. De pronto nos convencemos de que nuestra mejor versión se ha extraviado en algún lugar del camino y que los buenos tiempos ya no volverán. Ahí tenemos los contenidos digitales que circulan sobre nosotros a través de la red como prueba fehaciente. Nos sentimos como Jorge: “Quería revivir, así fuera por un minuto, la misma intensidad de los momentos que abrigaba como un tesoro en el recuerdo. Parecía absorbido por una fascinación que derivaba en tristeza”. Sin embargo, es un ejercicio fraudulento porque embellecemos el pasado con la pátina

distorsionada del recuerdo. Nos refugiamos en la memoria para no reconocer la decadencia e incertidumbre del presente. Sostenemos la ficción de que hubo un pasado venturoso, un oasis de felicidad similar al paraíso, para no ver el otro lado de las cosas ni emprender por pereza el retorno hacia ese estado de bienestar o buscar alternativas de cambio. Así también actúan los personajes de mi libro. Están desencantados al punto de que se han convertido en presas del escepticismo y ya no diferencian la esperanza de la ilusión.

Diferentes unos de otros por su drama personal, mis personajes parecen el mismo cuando se los mira desde lejos. Hacen de su vida un relato desventurado, quieren distinguirse por las cicatrices que ha impreso la penuria en sus rostros, pero como no encuentran las raíces de su problema, su tragedia se vuelve impersonal y parece tener el mismo origen.

Espero que quien se aventure por las páginas de mi libro encuentre un catálogo variopinto (o iterativo) de personajes y situaciones que muestren la incertidumbre y desamparo del mundo globalizado en el que nos ha tocado vivir, con el fin de que se vea, aunque sea por un segundo, reflejado y comprenda que la inestabilidad psicológica y emocional que lo persigue es consecuencia de la precariedad del sistema y que cada vez es más acuciante ponernos en un lugar desacostumbrado para saber que la gente a nuestro alrededor se siente igual. No estaría mal encontrar un equilibrio entre la confianza de Amalfitano en los dispositivos electrónicos y la testarudez de Pontón a la hora de despreciarlos.

Una última reflexión. La luz artificial que emana de las pantallas ilumina, no calienta. Hemos relegado el contacto real por la conexión virtual. Creemos en las ficciones que sin saberlo nosotros mismos ayudamos a elaborar mediante nuestras interacciones a través de los motores de búsqueda y redes sociales. Nos sentimos solos y nos cuesta crear vínculos fuertes y duraderos. Vivimos al abrigo de la pantalla.

Primer cuento:
Fidelidad al itinerario

Yo sé de un laberinto griego que es una línea única, recta.
En esa línea se han perdido tantos filósofos
que bien puede perderse un mero *detective*.
(Borges 2019, 192)

Sentado en medio de la cama con las piernas recogidas y los brazos cruzados alrededor, el mentón sobre las rodillas, Amalfitano mira fijamente la circunferencia roja del reloj. La luz opaca que se filtra a través de las cortinas es suficiente para ver que el minutero está a punto de alcanzar el extremo superior y fundirse en una sola línea vertical con el horero, momento exacto en que el repiqueteo de las campanillas rojas tendría que despertarlo. Procura mantener la vista en el reloj. Quiere capturar el instante en que el aparato se agitará frenéticamente con el llamado que todas las mañanas le comunica el inicio de la jornada. Le llama la atención que se destaque tanto el color rojo del reloj. Se da cuenta de que la pared contrasta y le sirve de marco. El ambiente no solo se tiñe de azul por el color de las cortinas, sino que sufre variaciones de matiz que ensombrecen la atmósfera hasta volverla añil o la aclaran hasta asemejarla al fondo de una piscina en verano.

Amalfitano se levanta y camina hacia la pared. Intenta seguir con la palma de la mano la refracción de la luz. Sabe que es imposible hacer coincidir los movimientos, solo se deja llevar por el impulso. Por imitar una de las ondulaciones más bruscas, sus ojos recaen otra vez sobre el reloj. Las manecillas no se han movido. Salta encima de la cama y alcanza el celular que ha dejado toda la noche cargando en el velador opuesto. Presiona varias veces el botón de encendido. Aplasta con insistencia el interruptor de la luz. La habitación no sufre cambios, excepto en los tonos de azul que alumbran apenas las paredes.

Una fría sensación de desconfianza invade a Amalfitano. Barrunta que en cualquier momento las paredes van a caer como los telones de un teatro y descubrirá que está encerrado en una pecera para deleite de unos ojos inquietos. Manotea las cortinas y los visillos. Lo tranquiliza ver su vecindario. Ahí está la calle de siempre, por donde asoma de vez en cuando un vehículo con los faros prendidos que atraviesa a toda velocidad la calle hasta perderse en una esquina o aparecen unos cuantos transeúntes

solitarios que, envueltos en abrigos de invierno, caminan con la cabeza hundida entre los hombros. Alza la vista con la esperanza de determinar la hora por la posición del sol. Se encuentra con una masa sucia y compacta de nubes que domina las terrazas de los edificios, cuyas ventanas están a oscuras. Un apagón, piensa. Contempla el reloj por última vez.

Amalfitano corre por las aceras cargando el paraguas en una mano y su maletín con la computadora portátil en la otra: teme estar atrasado para la conferencia que debe dar en una universidad del norte. Cada doce pasos vuelve la vista deseoso de encontrar un taxi. Apenas circulan carros. En las esquinas se detiene antes de cruzar. Sospecha de la arquitectura desvaída de la ciudad y se pregunta a dónde ha ido la gente. Él parece ser el único que cumple con sus obligaciones cotidianas.

Llega a la estación de trenes aliviado de ver que el expreso aún aguarda a que los últimos pasajeros suban a bordo. Antes de poner el pie en el estribo del vagón recuerda que hay un gigantesco reloj justo debajo de la bóveda de acero y vidrio templado, en el arco de entrada. Voltea. Las manecillas están suspendidas en la misma posición incompleta, no se despliegan en la línea vertical que ha esperado ansiosamente.

Se arrellana en su asiento al lado de la ventanilla y deja el paraguas junto al maletín en el suelo. Frente a él dormita un hombre con una boina cubriendo su rostro. En un primer momento, piensa en sacudirlo, disculparse por la molestia y preguntarle la hora. Después medita que sería entrometido de su parte perturbar su sueño, además de que la chaqueta remendada en combinación con el pantalón ajado más bien sugiere que el hombre no porta reloj ni celular. Por último, reconoce que le desagradaría incluso que el hombre retire la boina de su cara; no soportaría una mirada juzgadora. Solo entonces se le ocurre que puede sacar la portátil para repasar cada punto de la conferencia y de pasada fijarse en la hora.

El tren arranca suavemente, sin el traqueteo aparatoso que caracteriza la partida, y pronto sale a una llanura cuyos prados verdes, deslucidos por la ausencia del sol, declinan hasta el mar. Las nubes se extienden en las alturas y se funden en el horizonte con la delgada franja que divide el cielo del océano. La superficie del agua luce como un desierto gris fosforescente jalonado por puntos negros que pueden ser embarcaciones o escollos.

Amalfitano se relaja, ya está en camino. Disfruta tanto del paisaje que decide estudiar la conferencia luego de pasar la única estación antes de llegar a su destino. Le

interesa más tratar de adivinar las formas de los puntos negros. Juega con ellas, se concentra en sus márgenes, intenta penetrarlas con la mirada. El ejercicio fuerza tanto su imaginación que lo despoja de sus sentidos: conjetura que se desliza por un plano recto infinito que, aunque se afana en desplazarlo, no consigue nunca que cambie su punto de vista o que, aunque altere su trayectoria, él no lo percibe por efecto de su ensimismamiento. Cuando empieza a recobrar la conciencia, aflora en él la pregunta de si ha estado siguiendo una línea recta. La descarta de inmediato porque una idea más original atraviesa su mente: piensa que el cielo encapotado representa la información infinita de la red y que los puntos negros constituyen los temas que él conoce. Le satisface la metáfora. Pero cuando intenta definir la identidad de ese conocimiento, cuando quiere recordar de qué debe hablar en la universidad, se queda en blanco. Puede imaginarse a sí mismo mudo ante el auditorio. Se estremece.

Cuando se da cuenta de que debe estudiar la conferencia, ya es muy tarde: el tren frena despacio y entra a la última estación. Amalfitano no se ha percatado del recorrido. No puede creer que la haya olvidado. ¿De qué se supone que va a hablar? Se queda sobrecogido en su asiento. Vislumbra su fracaso. Se figura los ojos de los estudiantes clavados sobre él, de pronto convertido en el objeto de un espectáculo que no comprende. Por algún motivo lo que más lo altera es que nadie se ríe, solo lo observan. Le cuesta mucho trabajo recomponerse. Debe buscar alternativas para sortear el imprevisto. En la computadora está la presentación, piensa. Puede improvisar. Sobre la marcha recordará el tema. Es cuestión de leer la primera diapositiva para que todo vuelva a su memoria. Comprueba que su acompañante no está en el compartimento, tampoco su computadora. El paraguas es lo único que queda.

Se siente descompuesto. Sus dientes castañetean. Se maldice por ser tan despistado. Mira a su alrededor en busca de ayuda. No hay nadie en los corredores, no se escucha el más leve rumor. De repente el espacio le resulta opresivo y se levanta. Sus pies obedecen por instinto. Baja del tren. En medio del andén hay un hombre que lleva puesto un overol. Es la única persona ahí. Amalfitano se sobresalta cuando escucha que lo llama. El hombre del overol se le acerca y lo saluda efusivamente. Le dice que ha llegado justo a tiempo y le pide que lo siga. Se da media vuelta y, en lugar de caminar, da largas zancadas. Amalfitano ni siquiera ha podido abrir la boca. Está confundido. Aún no puede explicarse lo que ha sucedido. No tiene palabras para formularlo. Desearía hallar la manera de contárselo a su guía. De todos modos, es inútil. Se queda rezagado. Trastabilla cada vez que trata de seguirle el paso.

Cruzan el pórtico de columnas de la universidad y se adentran por una galería mal iluminada, Amalfitano siempre a las espaldas del otro. Atisba al fondo una inmensa puerta barnizada de madera noble justo antes perder la pista de los lugares por los que lo conduce el hombre de overol. Los tramos de escalera, los recodos inesperados, los pasillos inhóspitos, los atajos a través de aulas en penumbra, las rampas empinadas terminan de desorientarlo. La vergüenza ha ido creciendo en él a medida que confunde las coordenadas.

El hombre del overol se detiene ante una puerta exactamente igual a la de la galería. Amalfitano se sujeta del pomo para descansar y recuperar el aliento. Se demora en estabilizarse, sobre todo porque siente un nudo en la garganta. No quiere dejar al descubierto su ignorancia y menos enfrentar a un auditorio. Medita mucho antes de hablar. Solo le falta que las palabras lo traicionen. Dice que le han robado la computadora portátil y que no va a poder dar la conferencia. Lamenta tener que declinar justo antes de la presentación. El hombre del overol muestra una media sonrisa. Le dice que no hay de qué preocuparse, porque de seguro el respaldo está en la nube. Lo exhorta a entrar mientras él va en busca de las llaves del escritorio y el control remoto del proyector.

No se le había ocurrido antes. ¿Cómo pudo desesperarse tanto? Aún puede arreglarlo. Por supuesto, debe haber un respaldo del archivo en la nube. Al fin una solución a su problema. Amalfitano decide presentarse al auditorio antes de comenzar. Franquea la puerta y avanza un par de pasos. La oscuridad se lo traga. Lo último que ha oído es el resorte de la puerta al cerrarse. Ahora siente, como si se tratara de una cosa, que las tinieblas no solo le han arrebatado el tema de la conferencia, sino también su propio nombre. Tantea el piso con el paraguas, agita la otra mano como un ciego. Sus ojos se demoran un rato en habituarse. Poco a poco, a causa de las débiles emanaciones de los celulares, entrevé las caras teñidas de azul de los estudiantes, diseminados en una estructura escalonada frente a la plataforma donde descansa el escritorio. Si su habitación era una pecera, ahora está en un acuario. Retrocede de espaldas hasta dar con la pared y cae lentamente al suelo.

El hombre del overol regresa. No le dedica siquiera un vistazo al conferenciante desplomado. Sube a la plataforma. Introduce las llaves en la ranura lateral del escritorio, del que se despliega la pantalla de la computadora, y enciende el proyector. Amalfitano pierde de vista a los estudiantes. Sabe que están ahí, a un costado, esperando para examinarlo con sus ojos juzgadores. A través del cono de luz, que parece sumergir el ámbito en un estanque, vislumbra un destello verde en el extremo opuesto de la sala: es

un letrero de neón que anuncia la salida, coronado por una campana roja. Sentado contra la pared con las piernas recogidas y los brazos cruzados con fuerza alrededor, el mentón enterrado entre las rodillas, mira suplicante la circunferencia roja de la campana. ¿Por qué demonios no suena?, se le escapa en un murmullo. Desde su asiento, el hombre del overol le pregunta la contraseña. ¿Qué?, dice el conferenciante. La contraseña, le repite.

Segundo cuento: Las exigencias del oficio

Nicolas Pontón ha pasado varios meses confinado en su modesta propiedad, ubicada en una meseta salvaje a los pies de una estribación de la Cordillera de los Andes. El camino que conecta el lugar con el pueblo más próximo solo consiste en unas roderas cuyas líneas paralelas se pierden bajo la maleza debido a la falta de uso. Pontón suele pasar temporadas irregulares en la capital antes de retirarse en su viejo todoterreno, con la baca repleta de víveres, para escribir.

El edificio principal, una especie de chalet rústico, se levanta en medio de un bosque atravesado por un arroyo. La vegetación se vuelve más escasa y disgregada conforme asciende por las pendientes y paredes verticales de la cordillera. A Pontón le pertenece una decena de hectáreas cuadradas del bosque, pero no ha hecho ningún esfuerzo por marcar los límites con una cerca de alambres ni ha trabado conocimiento con sus vecinos, si es que acaso hay gente viviendo en los alrededores. Los únicos lujos (como él mismo los llama) que se ha permitido fueron la instalación de un generador diésel, desde que la vista empezó a fallarle, y de una nevera portátil, para no tener que ir al pueblo cada semana. Tampoco cree que le hace falta nada más. Nunca ha querido un teléfono móvil ni una computadora portátil porque los ve más como distractores que como herramientas de trabajo.

Pontón está contento porque esta vez, después de nueve libros publicados, el cálculo del racionamiento de las provisiones ha sido exacto: escribe el último párrafo con la satisfacción de saber que todavía le quedan dos latas de sardinas y un cuenco de arroz en la nevera. Para celebrar abre la botella de whisky que ha mantenido intacta desde el primer día.

No puede esperar a contarle su hazaña a Patricia. Es cierto que no han hablado desde hace mucho tiempo y que no recuerda la causa de su separación, pero considera que su nueva obra hablará por sí misma y sin duda aplacará el enfado de su hija. Después de todo, cree que por fin ha alcanzado la cumbre de su arte y que la novela sintetiza el trabajo de toda su vida. Si bien la incomunicación ha constituido uno de los temas fundamentales de la literatura, pensaba Pontón, ningún escritor contemporáneo había podido hasta entonces capturar los fundamentos del individualismo que derivaron en el

comportamiento egoísta y cerrado de las sociedades actuales ni sugerir una propuesta ética capaz de aproximar de nuevo a la especie humana y conducirla a su reconciliación.

Una vez vaciada la botella, no le toma mucho tiempo empacar sus cosas, arreglar el interior, desconectar las máquinas y guardar los enseres en bolsas plásticas para protegerlos de los bichos. Mete los folios de la novela en un maletín cuarteado que deposita en el asiento del copiloto. El sol cae oblicuamente sobre el parabrisas del carro cuando visita por última vez el arroyo para beber un sorbo de agua. El caudal, más reducido que en días pasados, apenas es un breve chorro que se abre paso por entre un lecho de rocas planas. Pontón levanta la vista. Contempla las ramas de los árboles que se quiebran con la brisa y las plantas sin flor de tallos truncos que se inclinan hacia el suelo, y es como si mirara por primera vez el follaje. Le extraña (a una persona con sus dotes de observación) no haberse fijado antes.

La ruta del bosque le resulta más ardua que de costumbre. Permanece con la vista pegada al volante, y con cada salto del coche se le escapa un eructo acompañado de un insulto farfullado. La luz declina a toda prisa. Cuando la penumbra amenaza con volverse más opresiva por la inminente llegada del crepúsculo, las roderas se abren de pronto a un camino descubierto, de tierra apisonada, y los árboles guardan una distancia de dos metros respecto a los bordes, donde se amontonan troncos apilados. Pontón desliza lentamente el coche y comprueba que el camino dobla hacia la izquierda y continúa hasta llegar a una luz roja, muy apartada, que destella a intervalos en el horizonte. Pestañea varias veces. Duda: no consigue establecer si ya estaba trazado el camino la última vez que cruzó por ahí o si lo han abierto mientras escribía su novela. Se encoge de hombros. Prefiere no darle vueltas. Sigue conduciendo.

Ha anochecido cuando Pontón enfila la calle principal del pueblo. El viento refrescante que entra por la ventanilla bajada y la vista de la calle adoquinada abriéndose frente a él lo relajan. Ahora solo siente una placentera lasitud invadir su cuerpo. Ve los comercios y locales cerrados y se pregunta qué día es. Intenta determinar por el cálculo de sus raciones de comida una fecha tentativa. Hurga tanto que al final se vuelve consciente de que no puede ni recordar el mes de su partida. Frunce el ceño y hace un gran esfuerzo en concentrarse. Es marzo, arriesga, quizá domingo porque no hay un solo carro. Se detiene al lado de un parterre. Está muy molesto por su olvido. Reflexiona. Busca entre los sucesos más significativos de su estancia en el chalet, pero nada, ni siquiera los episodios más emotivos de su novela, acuden a su memoria. Se dice que su

confusión es consecuencia del whisky. Se lo repite varias veces, incluso en voz alta. Arranca de nuevo.

A mitad de la carretera, Pontón baja la velocidad y aguza la vista. De sus múltiples viajes al refugio ha extraído conocimientos valiosos: existe un paso vecinal, improvisado por taladores ilegales, que conduce a la capital sin tener que dar un rodeo por los recodos tortuosos de un monte con forma de túmulo. Apenas atraviesa una cortina de árboles que sirven como fachada cuando un paisaje sembrado de tocones lo recibe. La ruta está bien trazada y no tarda en arrojarlo a un barrio periférico de la ciudad.

La noche disimula la miseria de las mediaguas a cada lado de la calle empinada por la que desciende, iluminada a medias por los postes de alumbrado público. Una sonrisa cansada se dibuja en su rostro de párpados caídos, que solo se reaniman cuando alcanza la vía de circunvalación. En quince minutos estará en casa de su hija. El entusiasmo, sin embargo, es ensombrecido por una tímida inquietud que crece en su pecho hasta convertirse en certeza: no ha visto un solo carro, una sola persona desde que salió del refugio. Lamenta que el reloj del todoterreno esté descompuesto y se arrepiente de no haber aceptado el teléfono móvil, por lo menos para saber la hora, que trató de regalarle Patricia.

Transita por las calles vacías incubando la sospecha de que cada esquina que deja atrás es un calco exacto de la que viene a continuación. No ha ido de visita a casa de su hija hace muchos años; no encuentra otra explicación a su extravío. Hasta donde le alcanza la memoria, ella vivía con su pareja. Si se ha mudado o si ha cambiado de pareja, cree que ella se lo hubiera dicho. Una pregunta más honda interrumpe el curso de sus pensamientos. Escucha un susurro interior que demanda saber si conoce la postura de Patricia respecto a tener hijos. Por primera vez baraja la posibilidad de que sea abuelo sin que le hayan notificado. Entonces recuerda un fragmento de su discusión con ella. Papá, tú ya no comprendes el mundo, no sabes lo que pasa, tampoco me comprendes a mí, todo el tiempo pasas encerrado, por eso nadie te lee salvo tus amigos. Le asombra constatar que su propia hija haya sido incapaz de valorar su trabajo en toda su dimensión y que desconozca el riguroso esquema de vida que se necesita para dedicarse a la escritura. Ahora ansía demostrarle que está equivocada.

A la altura del siguiente semáforo ve un piquete de policías. Se entusiasma. Al fin va a poder pedir indicaciones para llegar. Un hombre envuelto en un traje sacado de una película de desastres nucleares se acerca y con un gesto de la mano le indica que baje hasta el fondo la ventanilla. Antes de que Pontón pueda abrir la boca, le apunta a la frente

con un aparato semejante a una pistola de juguete que emite un punto rojo parpadeante y después se da media vuelta para mostrársela al agente que ha esperado a sus espaldas. El agente, desde una distancia prudente, se dirige a Pontón: le dice que tiene fiebre, que sin embargo no es una excusa para saltarse la cuarentena, y le pregunta por qué no ha llamado a los servicios de emergencia.

Pontón no entiende nada. Le dice que ha estado de viaje —se corta antes de especificar el tiempo que ha pasado fuera—, que acaba de regresar, que solo desea llegar a casa de su hija, que está perdido, que no debe de ser fiebre sino el resultado del cambio de presión y el efecto del alcohol. Ya desde el inicio de su explicación todos los policías han mostrado consternación en sus rostros. Uno de ellos se apresura a emitir la alerta por radio. El escritor intenta negociar, afirma que es una celebridad de fama mundial, les dice su nombre, explica que debido a la emoción de haber terminado su última novela se permitió ingerir un poco de alcohol, les pide que tomen una pequeña muestra de generosidad como prueba de su arrepentimiento. Pero solo recibe miradas de reprobación y miedo.

El policía hace en tono de pregunta un recuento de lo que acaba de escuchar: usted acaba de volver de un largo viaje, pese a que tiene fiebre, y se ha saltado todas las restricciones sanitarias, con el agravante de que ha ingerido alcohol, y ahora quiere sobornarme. Si no fuera por su condición, lo llevaría preso. Pontón lo mira aterrado. ¿Restricciones sanitarias? ¿Preso? ¿De qué está hablando? Él permaneció recluido en su propiedad escribiendo su gran novela. Aunque no lo crea, él consiguió algo que nadie más entre todos sus colegas de oficio ha conseguido. ¿Qué?, dice el agente. ¿De qué?, dice Pontón. ¿Qué consiguió?, dice el agente. Pontón se petrifica en el gesto de articular una palabra. El policía lo mira aún más preocupado. Voltea ligeramente la cabeza. Masculla por encima del hombro a sus compañeros: cree que también delira.

Una ambulancia arriba. El policía le exige que monte en ella. Pontón repite una y otra vez que no está enfermo, suplica que lo dejen ir: él solo desea ver a su hija Patricia y entregarle el manuscrito. Se vuelve al asiento del copiloto para mostrárselo. El policía no vacila en empuñar su arma. Con gritos destemplados le conmina a bajar del auto. Pontón sigue tratando de desatascar el cierre del maletín cuando un culatazo en la nuca lo deja tendido, a merced del personaje salido de una película del apocalipsis.

Tercer cuento:

El reverso glacial de su recuerdo

Sabía que la multa era inevitable. Al menos quería eludir los gritos de Mariana. No había tomado la ruta habitual. Para cortar camino se metió por calles vacías y pasajes tortuosos, por los que nunca había andado. A la distancia, con el sol justo en medio de las dos hileras de edificios que flanqueaban la calle, confirmó que solo le faltaba cruzar la avenida, cambiar de vereda y seguir media cuadra para llegar a la cafetería. Apretó el paso. A pocos metros de la esquina sacó el celular para ver la hora. La reverberación del sol y la baja iluminación de la pantalla le vedaron la vista. Acercaba el celular a sus ojos cuando chocó con una fuerza contraria que le hizo tambalearse y soltar el aparato.

No vio la trayectoria del celular, solo escuchó un crujido y un golpe seco resonar casi al mismo tiempo. Con una mano en la frente se esforzó en alzar el rostro para encarar a la persona que dobló la esquina sin verlo. Quería gritarle, exigirle que levantara su celular. Adivinaba una silueta plantada ante él. El sol lo deslumbraba.

—¿Jorge? —dijo una voz conocida.

Jorge todavía tardó unos segundos en recomponer y acostumbrar la vista. Se quedó de una pieza cuando descubrió el rostro pálido de Adela recortado por el marco de sus cabellos rizados, resplandecientes por efecto de la luz. Ella también se frotaba la frente y tenía los ojos entrecerrados por el dolor.

El celular se había estrellado contra el filo de un cantero; al borde de la acera un libro se debatía entre permanecer en equilibrio y caer a la calle. Adela se agachó a recoger el celular, lo miró apenada y se lo devolvió. Jorge agarró el libro, registró el título y el nombre del autor y se lo extendió.

—Adela. Definitivamente eres tú —le dijo—. ¿A quién más se le ocurriría leer a Borges mientras camina? ¿Qué haces por aquí?

Tras dos años de relación y uno de encuentros y desencuentros, Jorge y Adela habían decidido terminar su relación: cada uno borró el número del otro y bloqueó las cuentas y perfiles que los mantenían conectados en redes sociales y otras aplicaciones. Como nunca lograron estrechar lazos con las amistades del otro, no tuvieron reparo en hacer lo mismo con ellas, para así no dejar rastros de su relación ni la posibilidad de toparse con publicaciones indeseadas. No se habían visto en cinco años.

—Lamento lo de tu celular. Me dirigía al trabajo. Estaba tan metida en el cuento que no te vi.

—Planeaba cambiarlo en cualquier momento, no te preocupes. ¿Qué cuento leías?

—“El sur” —respondió Adela.

—El delirio de un hombre que luego de sufrir un golpe en la cabeza imagina que consigue lo que más desea.

—Un duelo a muerte contra un compadrito.

—El sueño de cualquiera —dijo Jorge. Los dos se rieron—. Debes andar con más cuidado la próxima. No creo que quieras terminar como el protagonista del cuento.

—No, yo no pelearía contra un compadrito. Pero conozco a más de una persona en mi trabajo a la que me gustaría arrastrar de los cabellos —volvieron a reírse.

Parecían realmente contentos de verse, aunque no sabían cómo continuar la charla. Jorge no dejó de observar el carnet que colgaba del cuello de Adela, así como no pasó desapercibido para ella el delantal que él apretaba en la mano derecha. Preguntar por sus respectivos empleos habría sido violento para ambos, sobre todo porque no les costaba imaginar en que consistían. Jorge, en un intento por salir al paso del momento incómodo, recorrió con el pulgar de la mano izquierda la superficie agrietada del celular y le preguntó la hora a Adela. Sabía de antemano la respuesta, ya era muy tarde. Se esmeró en fingir sorpresa. Se despidieron en la esquina y cada uno reemprendió su camino.

Jorge no se salvó de la reprimenda ni mucho menos de la multa. Incluso hubo chistes malintencionados por el bulto que sobresalía de su frente como el brote de un cuerno. A él pareció no importarle. En medio de las injurias aderezadas de pequeñas partículas de saliva que salpicaban su rostro, solo podía pensar en el encuentro reciente. Una extraña sensación lo invadía. Se había obligado a olvidar su pasado con Adela; ahora los recuerdos bullían en contra de su voluntad. Los momentos de felicidad que vivieron juntos manaban como de una fuente y hacían crecer en su interior la convicción de que había perdido una parte de sí mismo.

No podía recordar el motivo por el que habían terminado. Vagas secuencias de los días que habían pasado juntos después del rompimiento, cuando se limitaban a coger y luego se despedían con frialdad, atravesaban su mente. Algo en el rostro de ella, una especie de cansancio infinito que se desprendía de sus párpados caídos, atrapaba su atención. Se había vuelto taciturna tras graduarse del colegio, como si le hubieran arrebatado un objeto muy preciado y subsistiera el dolor de la pérdida. Jorge no llegaba más lejos en su memoria. La imagen del rostro entristecido de Adela entonces era

reemplazada por las tardes de paseo, las visitas a galerías y centros de arte, las compras de libros, los pequeños viajes cerca de la ciudad.

Estaba inquieto. No dejó de rememorar, ni siquiera cuando se incorporó a sus labores. Descubrió en el pasado con ella un refugio. No le costó esfuerzo convencerse de que sus mejores años los había vivido a su lado. Inventó escenarios de lo que habría ocurrido si siguieran juntos. Se disculpó con la figura de su yo adolescente por no haberla conservado ni haber cumplido con sus proyectos. Se preguntó por qué no había intentado localizarla antes. Llegó a calificarse de imbécil por dejarla ir. Quería revivir, así fuera por un minuto, la misma intensidad de los momentos que abrigaba como un tesoro en el recuerdo. Parecía absorbido por una fascinación que derivaba en tristeza.

Pero Jorge tampoco llegó al punto de perder la cabeza. Se había habituado tanto al trabajo que, para evitar contratiempos, era capaz de guardar un mínimo de cordura que lo mantuviese atento a los requerimientos de la cafetería. Así podía preparar un café o servir una tarta casi sin pensarlo. Había desarrollado esa habilidad para no tener que pasar varias veces en el mismo día por el espectáculo de Mariana Castillo, la dueña del local, mesándose los cabellos y prorrumpiendo en gritos, más que nada desde que habían instalado la cámara de seguridad en el cielorraso, por encima del mostrador.

A las seis de la tarde, cuando el crepúsculo se asentaba en el horizonte y el dominio de las sombras crecía, se presentó en la cafetería, como todos los lunes, Clara Bertrand. Jorge solía disponer todo para la visita de los rondadores nocturnos, que únicamente salían en busca de café bajo el cobijo de la oscuridad. Todavía recordaba la perplejidad y el sobrecogimiento que había experimentado la primera vez que vio a Clara Bertrand sentarse a una mesa de la terraza. Ella había constituido la cima del arte pictórico a ojos de él. Incluso antes de solicitar el empleo, cuando era un estudiante como cualquier otro que visitaba la cafetería, se admiraba del tríptico pintado por ella —iluminado por varios apliques desde distintos ángulos—, que colgaba de la pared del fondo, justo al lado del pasillo que conducía a los baños. Los paneles están distribuidos verticalmente: el más grande por encima y los siguientes, que disminuyen en proporción de un tercio respecto al anterior, por debajo. Es una representación terrenal de los tres espacios reservados a las almas después de la muerte, donde una clase social en particular ocupa todo el cuadro. En el infierno, pequeño para la gran cantidad de gente pobre que se agita sin descanso en las calles, se barruntan las chimeneas de las fábricas en lontananza, que llenan la atmósfera de humo y tiñen el cielo de rojo; en el purgatorio, de altos edificios y parques

comunales, las personas se mueven ordenadamente entre la oficina y el hogar, en carro o a pie, sin alzar la vista nunca porque no se ve más allá de las terrazas y los techos; en el cielo, luminoso, atravesado de hermosas praderas, ríos, valles y playas, apenas hay un puñado de criaturas bellas, vestidas con lujo, que salen de sus inmensas propiedades para disfrutar del sol y el paisaje. En sus primeras semanas, Jorge se demoraba limpiando las mesas aledañas o barriendo el pasillo del baño para poder contemplar el tríptico; ahora, un malestar difuso lo embargaba cada vez que lo veía.

Jorge todavía se tomó unos segundos más en secar los platos antes de acercarse a la mesa de Bertrand. Se precavía de no cometer errores desde que, pese a que pedía siempre el mismo capuchino descafeinado con leche deslactosada, le llevara la bebida sin antes tomarle la orden y ella estallara en insultos. Salía de atrás del mostrador cuando atisbó a través de los ventanales de la fachada que una mujer delgada, pálida y de cabello rizado ingresaba en el cerco de la terraza y se sentaba en el extremo más alejado del que solían ocupar la pintora y la dueña del local para sus estruendosas reuniones. Jorge se desvió hacia la oficina de Mariana.

Entró temblando, como si hubiera visto una aparición. Mariana le lanzó una mirada desconfiada que rápidamente se tornó irónica.

—¿Qué pasa, ceniciento? ¿Por qué tan exaltado?

—Quería anunciarle la llegada de la señorita Bertrand y pedirle las llaves de la trastienda —respondió con voz entrecortada—. Se acabó la leche deslactosada.

—Búscalas, me parece que están debajo de los cojines del sofá. No te demores. Ya sabes que a Clara no le gusta esperar.

Jorge rescató el manojito de llaves, hizo una inclinación torpe y salió por la puerta trasera de la oficina a un jardín que acogía modelos de plantas en miniatura. Durante el primer mes en la cafetería se había maravillado de la lozanía y frescura de las plantas y le había asombrado la dedicación que parecía poner quien las tuviera a su cuidado. Disfrutaba tanto del jardín que procuraba siempre quedarse al menos un minuto cuando tenía que encaminarse a la trastienda. El hechizo se rompió cuando aventuró un comentario elogioso sobre el jardín. Mariana aulló en lugar de reír, sacudida por el impulso vehemente de burlarse. Le confesó que solamente eran recreaciones en plástico de árboles de tamaño pequeño y el césped era sintético.

Cuando se plantó frente a la puerta de la trastienda, se dio cuenta de que sus manos no podían sujetar las llaves. Sabía que estaba en problemas. No había tomado la orden de Clara Bertrand y, por si fuera poco, Adela estaba sentada a escasos metros de la pareja de

brujas. Una mujer delgada, pálida y de cabello rizado no podía ser otra que ella. ¿Estaba seguro? Más bien dudaba mucho. El verdadero motivo de su miedo era que no quería ser víctima de la humillación ante la mirada compadecida de su exnovia, ningún destino le parecía más cruel. Le angustiaba saber que no tenía otra opción si deseaba conservar su empleo. Cruzó el umbral y pisó el suelo de cemento desnudo. Encendió el interruptor. Las lámparas tardaron unos instantes, precedidos por un zumbido desasosegante, en iluminar el recinto. Levantó la tapa. Al abrirse, la heladera emitió un chirrido acompañado de volutas de aire congelado. Jorge intentó ver el fondo en penumbras; no se distinguía el interior. No le quedaba más remedio que agacharse. Acercó su rostro al borde. De pronto, un chisporroteo que sumió todo en tinieblas le hizo pegar un brinco. Chocó con la tapa y aterrizó de cabeza dentro de la heladera.

Lo acometió un cosquilleo a la altura de la ingle seguido de un temblor que recorrió todo su cuerpo. No sabía cuánto tiempo había pasado. La certeza de que alguien lo llamaba lo hizo reaccionar. No sentía dolor, solo frío. Oía su nombre. Un impulso movía su mano izquierda, que sacaba el celular del pantalón. Deslizaba el pulgar por la pantalla, como para contestar una llamada, y se llevaba el aparato a la oreja. Aló, decía. ¿Jorge? ¿Dónde estás?, preguntaba una voz conocida que le llegaba a través del auricular y se reproducía en el exterior como si hubiera producido eco en la trastienda. Dentro de la heladera, decía Jorge con un dejo de desesperación. Caí por accidente, por favor, necesito ayuda.

Al abrir los ojos lo bañaba una luz blanquecina proveniente de una linterna de celular.

—¿Quién es? —preguntaba Jorge, encogido en la misma posición en que había caído.

—¿Así es como recibes a tu salvadora?

Entonces podía ver, a pesar de la luz deslumbrante, la silueta de Adela desdibujada por las sombras.

—No puede ser. Adela, eres tú. Sabía que eras tú —exclamaba Jorge sorprendido y emocionado—. ¿Cómo me encontraste?

Jorge se enderezaba sin ayuda, como si no hubiera sentido el golpe, mientras Adela le contaba que lo había visto desaparecer por una puerta y que se había preocupado

porque escuchó los planes perversos que dos viejas sentadas en la terraza tramaban para mofarse de él. Aprovechó un descuido de ellas para escabullirse a través de la oficina y colarse hasta la trastienda, siempre marcando su número y llamándolo a media voz. Jorge estaba conmovido. Semejante gesto de fidelidad probaba que su antigua complicidad jamás había sido abolida.

—¿Ya pensaste qué vamos a hacer? —inquiría Adela con picardía.

Jorge regresaba a su puesto de trabajo. En un parpadeo preparaba el capuchino de Clara Bertrand y servía dos trozos de pastel de zanahoria; sabía que era la debilidad de las brujas. Mientras se movía de un lado para el otro, podía verse también desde afuera, como si se tratara de un sueño, y le sorprendía la agilidad con que maniobraba, como si sus movimientos fueran coordinados por la destreza de un titiritero. Al plantarse frente a ellas, se disculpaba por la tardanza: explicaba que no había encontrado leche deslactosada en la trastienda y había tenido que salir a toda prisa por atrás para conseguirla. También le pedía a Mariana que descontara de su salario las dos rebanadas de pastel y se justificaba diciendo que era la única manera de reparar el agravio por hacerlas esperar tanto.

De camino al mostrador se detenía en las mesas ocupadas. A cada persona le comunicaba que el establecimiento estaba a punto de cerrar (la dueña ha sufrido un terrible accidente, decía apenado) y le solicitaba que evacuara lo más pronto posible. Mientras fingía limpiar y ordenar los platos y cubiertos, no se le escapó que Mariana miraba desconcertada el desfile de salida de los clientes. Cuando el último hubo abandonado la cafetería, ella se levantaba de un salto y corría hacia Jorge. Se mostraba decidida a confrontarlo. Lucía amenazante. Pero al llegar parecía quedarse sin fuerzas. No era capaz de articular ni una sola palabra. Se aferraba al tablero del mostrador y lentamente se inclinaba hasta quedar tendida boca abajo. Bertrand, en la terraza, se había dormido sobre las migas del pastel.

Adela, que había monitoreado la operación desde las cámaras de seguridad, iba al encuentro de Jorge.

—Hace mucho frío, démonos prisa —decía él frotándose los brazos.

Entre los dos cargaban a Clara Bertrand y Mariana Castillo y las depositaban al fondo del salón. Mientras él corría las persianas metálicas y aseguraba la entrada, ella maniataba y amordazaba a las brujas. Acababan al mismo tiempo, como si estuvieran sincronizados.

—Bien, ¿ahora qué hacemos? —preguntaba Jorge.

—Las rebanamos y las metemos en el horno —respondía Adela.

—¿Qué?, ¿estás loca? Esto no es un cuento infantil ni una película de terror —exclamaba Jorge.

—¿Qué tal si las desnudamos, las ponemos una sobre otra y les tomamos fotos eróticas? —proponía Adela.

—Mucho mejor, aunque debo admitir que me provoca repulsión la idea de manipular sus cuerpos desnudos —reponía Jorge.

—Ya sé, ¿por qué no las llevamos hasta el monumento al conquistador español (ya sabes, el que está a la vuelta de la esquina), y las sujetamos alrededor del pedestal con los culos al aire y les pintamos circunferencias concéntricas como en el tiro al blanco? —sugería entusiasmada.

—Demonios, Adela, ¿qué pasa contigo? ¿Qué tienes en la cabeza? —le reprochaba escandalizado.

—Solo piénsalo, con el estómago descompuesto por la leche entera, Bertrand es una caja de petardos —decía Adela y un segundo después detonaba el primer pedo.

Jorge desviaba la vista disgustado. Quería meditar mejor el siguiente paso. Daba con el tríptico. La idea acudía a su mente de inmediato, como si hubiera estado ahí aguardando todo el tiempo.

Cuando las reanimaron, poco faltaba para que los ojos de las brujas se escaparan de sus órbitas. Ninguna podía creer lo que veía. Gemidos asordados pugnaban por salir de las mordazas, al tiempo que los cuerpos se debatían por librarse de las ataduras. Jorge podía sentir la humillación, sobre todo la de Bertrand, y se deleitaba en ella.

El orden del tríptico había sido invertido, con el resultado de que el cuadro más pequeño estaba por encima de los otros. Las figuras de los personajes del infierno habían sido cortadas y pegadas en otros escenarios. Y nuevos dibujos, rudimentarios como los de un niño, se añadían a la pintura original. Desde el pandemónium, los obreros y vagabundos habían descendido hacia los espacios reservados para las clases media y alta, se metían por las ventanas de los departamentos, saltaban encima de los carros que circulaban por las avenidas, le prendían fuego de llamas de marcador negro a los palacetes de la aristocracia, perseguían con cuchillos borroneados a mujeres en bikini por playas sembradas de minas y a hombres en traje deportivo con el miedo dibujado en el rostro. Lo que había sido concebido como una sátira en contra del acaparamiento ahora sí

representaba con la exageración propia del género los deseos ocultos de los miembros del estrato más bajo y ajustaba cuentas con esa sociedad inicua que engendraba la miseria.

Jorge seguía la mirada de Clara Bertrand, obstinada en un punto. En el nivel intermedio había un edificio alto levantado a un costado; en frente, un parque donde se reunía un grupo de ancianos para darle de comer a las palomas. A media altura del edificio se abrían de par en par las ventanas de un departamento. En el interior había una figura diminuta de espaldas. Si se prestaba atención, se adivinaba el pie de un caballete y la esquina blanca de un lienzo. Bertrand había sucumbido a la soberbia de pintarse a sí misma, pero en lugar de retratarse en una de sus casas de campo, junto a los aristócratas del cuadro más grande, se había rebajado a convivir con la clase media, para aparentar una humildad y un compromiso que realmente no poseía. La figura, para congoja de ella, ahora era víctima de múltiples puñaladas que teñían el minúsculo lienzo de sangre negra.

Al darse vuelta para compartir su exultación, Jorge se detenía en seco. Gruesas lágrimas se derramaban por el rostro de Adela. Le preguntaba qué ocurría. La sacudía de los hombros. La envolvía en un abrazo. Intentaba hacer contacto visual. A cambio no obtenía ni siquiera un sollozo como respuesta.

Adela se desprendía del abrazo y corría al baño de mujeres. Jorge comprobaba que su delantal, también su camisa y sus pantalones, estaban mojados. No entendía cómo era posible que se hubieran empapado tanto. Como si una ventisca se desatara en el interior del local, sentía un frío penetrante. Se apresuraba a seguirla. Con los dos puños golpeaba la puerta del baño.

—Adela, sal —imploraba—. ¿Qué acaba de suceder? ¿Por qué cambiaste de humor?

—Vete —le conminaba ella—. Me mentiste. Has cambiado. ¿Qué hiciste tan mal para acabar así?

—¿Qué dices? —preguntaba extrañado—. No tenía otra opción. Solo he buscado la manera de sobrevivir.

—Entonces me mentiste —repetía ella—. Te diste por vencido. Jamás te dedicaste a la escritura.

—¿De qué hablas? Tú eras quien quería convertirse en escritora —le decía él—. Tú fallaste.

Pese a que seguía zamarreando la puerta e intentando sacarle una palabra, la voz de Adela ya no le respondía. De repente recordaba que una vez, mientras limpiaba el baño de hombres, había escuchado a una mujer hablar por teléfono en la cabina de al lado. Al

entrar, la luz se encendía automáticamente. Jorge la llamaba a gritos, le rogaba que saliera. Fue tu idea drogarlas con tus somníferos, ¿acaso ya no lo recuerdas?, le reclamaba. ¡Fue tu idea! Aplicaba la oreja a la pared medianera; solo percibía un sonido brumoso e indeterminado. La luz se apagaba.

Somníferos, pensaba. No, tú no tomabas somníferos. Tú tomabas antidepresivos, por eso estabas cansada todo el tiempo. Por eso rompimos. Tuviste que dejar la universidad mediado el primer semestre porque en casa necesitaban dinero. Empezaste a trabajar de secretaria. Abandonaste tu sueño de estudiar literatura para ayudar a tu familia. Al menos no conociste la decepción de acabar una carrera para nada. Lo que más te frustraba era llegar cada día cansada y no tener siquiera ganas de escribir un párrafo. Fue peor cuando comenzaste con las pastillas. Tus pequeños desquites se daban conmigo los fines de semana en que solo nos veíamos para coger. No había nada más. Yo no pude lidiar con tu depresión.

Le extrañó que la luz no se encendiera y que el espacio de pronto le resultara tan pequeño, como si estuviera encerrado en un ataúd glacial. Cerró los ojos y trató de acompañar el ritmo de su respiración. Un aire helado le llenaba los pulmones. Golpeó con los puños lo que descubrió que eran paredes de plástico. Se llevó una mano a la frente. Palpó la protuberancia. No le dolía. Notó que estaba fría y ligeramente húmeda, aunque no tanto como sus pantalones. ¿Acaso se había orinado encima? Su celular vibraba. La luz de la pantalla lo encandiló. Lo llamaba Mariana. No pudo contestar. La pantalla estaba agrietada.

Cuarto cuento:

Deposición

En primer lugar, quiero felicitarlo por su labor. En nuestro mundo hiperglobalizado ya nadie escucha los reclamos de los asalariados, ahora sinónimo de desfavorecidos. Le pido que preste atención a mi testimonio. Podría ser el de cualquier otro. Personas como yo abundan en todas partes. Pero espero que, como el mío formará parte de su informe sobre la precarización laboral, sea examinado minuciosamente por usted, el investigador.

Mi nombre prefiero dejarlo en el anonimato. Me gusta imaginar que mi rostro se confunde con el de muchos otros que comparten mi situación. No me considero especial. Me he acostumbrado a llevar una existencia vicaria. Además no quiero mostrarme en falta contra mis actuales empleadores, que bien pueden leer esta declaración como obviarla. Aunque si usted lo prefiere, puede borrar este párrafo y ponerme Juan López por nombre. Claro, si usted es el primero en leerme. Si alguien me lee.

Yo acabé mis estudios universitarios en sociología. Si me preguntara hace cuánto, diría que recién el año pasado. En un primer momento me da esa impresión, luego surge la desconfianza. El tiempo se ha vuelto engañoso. Cuando uno se detiene a pensar, se le hace difícil fijar las fechas, tiene que hacer un gran esfuerzo para recordar. Entonces caigo en cuenta de que el calendario ya anuncia una nueva década. Es curioso, a medida que uno crece, pierde la noción del tiempo. Se borran los puntos de referencia. Como cuando me gradué. Fue desgarrador comprobar en un día que cuatro años de carrera culminaban con una libreta de notas, cuyas asignaturas en algunos casos me sonaban vagamente conocidas, atravesada por una columna con el sello de aprobación y la firma del decano al pie. Me había habituado al ritmo de las clases y de repente era arrojado a la realidad para la que supuestamente me había preparado.

Mis padres estaban muy entusiasmados por lo que daban en llamar mi mayor logro. Mantener más de cuatro años en la universidad a una criatura mayor de edad que no hace más que pedir, consumir e incluso derrochar sin aportar nada al ingreso del hogar, imagino, debió haber representado un esfuerzo tremendo para ellos. Como cualquier persona de mi edad yo no me percaté o más bien no me di por aludido hasta que la presión,

mal disimulada por las disputas domésticas que se volvieron cotidianas, me hizo consciente del motivo real de las peleas: a mis padres les urgía que consiguiera un trabajo.

Al inicio me sobraron esperanzas. Mis aspiraciones por entonces, ahora lo sé, eran muy elevadas. Pensaba que por poseer un título universitario no debía haberles duda de mis aptitudes a mis potenciales empleadores. Se supone que una buena educación te garantiza el éxito en el campo laboral. Pero siempre la falta de experiencia y el escaso mercado para los sociólogos me devolvía a mis pies. Pasado cierto tiempo me acostumbré al rechazo.

Me consideraba afortunado si al menos respondían mis postulaciones. La mayoría de veces, por no decir todas, sobrevinía un silencio sepulcral a la trillada frase “no nos llame, nosotros lo llamaremos”. Con el tiempo incluso aprendí a sonreír, como si de antemano aceptara sus palabras a manera de despedida.

Ni qué decir de las postulaciones en línea, de las que ni siquiera recibía un correo de notificación.

Me di por vencido cuando de plano, en una entrevista con una investigadora más o menos conocida de una universidad desprestigiada, me dijeron que no tenía el más mínimo mérito en mi historial para siquiera participar como pasante en sus proyectos. Fue devastador.

Para engañar a mis padres seguí saliendo en las mañanas con rumbo incierto. Quería hacerles creer que no me había dado por vencido y que tarde o temprano daría con un medio de subsistencia. Los días que pasaba en casa me quedaba colgado de la laptop, abriendo ventanas con ofertas de empleo en el buscador cada vez que mi madre o mi padre se asomaban a la puerta de mi cuarto.

En mis idas y venidas por la ciudad me crucé con un compañero de la facultad. No pertenecíamos a la misma generación ni seguimos la misma carrera; nos conocimos en clases de inglés. Él se acordaba de mí porque yo tenía buena reputación por mis redacciones académicas; yo porque él llegaba a la universidad en el carro de lujo que sus padres le habían regalado al cumplir la mayoría de edad. Le insinué superficialmente mi situación. Él me miraba comprensivo y apenado, con un brillo que podía ser de compasión o astucia en los ojos. Me dijo que su tío manejaba un centro especializado en la escritura y corrección de textos académicos y comerciales y que, si yo quería, podía darme su número. Ni siquiera le dejé terminar la oración.

El lugar de la entrevista era un edificio destartado y feo, parecido a una estructura rudimentaria de legos. Me hicieron subir al noveno piso en un ascensor

traqueteante, que cada cinco segundos se agitaba como si los cables estuvieran a punto de ceder. De entrada el tío me ofreció la oportunidad de ganar más del doble de un salario básico subrayando que dependía de mi empeño alcanzar cifras más elevadas. Firmé el contrato de confidencialidad sin pensarlo dos veces.

Cuando les conté la noticia, mis padres no podían más de la emoción. Me felicitaron y me auguraron un brillante porvenir.

Tenía la opción de trabajar desde casa. Al final decidí presentarme a las oficinas, ubicadas en el subsuelo del mismo edificio, para familiarizarme con el ambiente y pedir asistencia en caso de necesitarla. Me llevé una gran sorpresa cuando me condujeron hacia una sala enorme, del tamaño de una playa de estacionamiento, atravesada por hileras de escritorios con sus respectivas computadoras. Se veían las cabezas de los agentes (así nos identifican) asomando por encima como los topes mecánicos de los juegos de feria. Encima del dintel de la puerta, una cámara de vigilancia atenta a cada movimiento, como un ojo ciego que todo lo ve.

Me asombró encontrar gente mayor, que en algunos casos me doblaba en edad. Me había figurado que la mayoría de empleados serían estudiantes de universidad o bachilleres de carreras truncas. Lo que más me desconcertó fue que entre ellos se daban el tratamiento de doctora, profesor, ingeniera, magíster... Pensé que se trataba de una broma. Además lo decían con un acento que me hizo saber en el acto que eran extranjeros. No tardé mucho en descubrir que efectivamente habían poseído esos títulos en su país de origen. En el nuestro no les quedaba más remedio que escribir textos de su especialidad por un salario muy inferior del que habrían podido percibir si se hubieran desempeñado en su área.

Era impresionante verlos trabajar. Podían pasar jornadas enteras anclados a la silla, con una botella de agua al lado, tecleando como poseídos. Eran capaces de escribir una tesina de pregrado en dos semanas, una tesis de doctorado en dos meses, mientras simultáneamente desarrollaban trabajos más cortos. Así, a fin de mes, sus ingresos no estaban muy por debajo de las cifras ofrecidas por el Centro.

Yo, por otra parte, me demoraba mucho. La suma de mis servicios apenas me daba para mis gastos personales, de ningún modo para erradicar la dependencia de mis padres. No podía escribir a ese ritmo vertiginoso. Creía que cualquier trabajo académico o comercial, incluso si no era mío, debía asentarse en una base bibliográfica sólida y estar redactado en un lenguaje claro y preciso. Temía que por mi negligencia hubiera quejas o me estancara en un proyecto por las correcciones exigidas desde la sala de control.

Aquí debo abrir un paréntesis para hablar del Centro y de la sala de control. Como conviene a un negocio bien estructurado, los productos deben pasar por varios filtros antes de ser entregados al cliente. Ya que se trata de un producto bajo pedido, es decir que debe cumplir con las especificaciones del cliente, no puede ser elaborado en masa.

Los recepcionistas son los primeros en recibir la información de lo que se requiere. Son los únicos que tienen contacto directo con el cliente y conocen su identidad. Ellos llenan una ficha, determinan el campo o la disciplina a donde pertenece el pedido, hacen un presupuesto, cobran por el servicio reservándose el derecho de elevar los costos antes de la entrega, examinan la disponibilidad de los agentes y envían un correo al personal para que el primero que responda se haga con el trabajo.

El agente designado debe cumplir con las fechas señaladas tomando en cuenta el tiempo que puede significarle añadir información ulterior o corregir ciertas partes. En caso de necesitar alguna precisión, debe comunicarse con el cliente a través del recepcionista. Es fundamental que se ajuste a las demandas del pedido para que llegado el momento de la entrega no existan percances que puedan derivar en un cambio de agente o en la finalización del servicio sin recibir el pago por el trabajo realizado.

A continuación el texto pasa a manos del personal de la sala de control. Ahí se verifica la calidad de la redacción y el cumplimiento punto por punto de los requerimientos del cliente. Esa gente tiene la potestad de solicitar cuantas correcciones sean necesarias y reasignar el trabajo a otro agente si consideran que no se han alcanzado los estándares del Centro. Solo con su aprobación el texto llega al cliente, que tiene la libertad de ingresarlo nuevamente si encuentra erratas, datos que se contradicen, desviaciones del tema original para redondear el número de páginas o recuerda a último momento que ha habido algo que no incluyó en la ficha y que debe estar en el producto final.

El peor temor para un agente es caer en un bucle que le impida gozar del porcentaje del dinero que le corresponde por el trabajo. Si bien el Centro no opera sin el pago total por el servicio, el agente no recibe su parte hasta que se da por concluido el trabajo. Aquí nadie puede pedir un adelanto. Se cobra por proyecto finalizado, nunca antes. Además está el miedo añadido que infunde la cámara. Nadie se planta detrás de nosotros para estimularnos, conminarnos o maldecir. Solo está la cámara con su luz roja titilante, como una presencia acechante que nos respira en la nuca.

Visto desde afuera puede parecer que las normas del Centro son muy rígidas y que difícilmente uno puede satisfacer a cabalidad sus demandas. Yo lo creía así cuando llegué. El tiempo y las charlas con los demás agentes fueron minando mi prolijidad.

Al quinto mes, luego de una etapa de observación que me facultó para dominar los mecanismos de escritura de mis colegas, comprendí que no importaba cuidar al extremo mi sintaxis y que no ocurría nada si filtraba datos inexistentes, testimonios falsos, tablas estadísticas sin fundamento, citas inventadas de personajes ilustres o bibliografías apócrifas. Todos pasan tan atareados, incluso la gente de la sala de control, que la única meta honorable es culminar la mayor cantidad de proyectos en el menor tiempo posible. Nadie quiere quedarse atrás, sabemos que somos piezas descartables que en cualquier momento pueden ser reemplazadas. Y si hay alguien detrás del circuito cerrado de vigilancia, de seguro no le aflige ver la velocidad endemoniada a la que avanzamos. Aquí se respira un aire de desesperación que incita a escribir: ese es el verdadero motivo por el que sigo viniendo todos los días. Usted se sorprendería si enumerara todo lo que he hecho.

En varias ocasiones he bromeado con la ingeniera, mi vecina de la izquierda, una mujer que debe tener alrededor de treinta y aparenta más de cuarenta, con que los mismos clientes lean los textos que han pedido. El conocimiento pierde valor por ser pesado en el sentido de que exige esfuerzo aproximarse a él; la velocidad se erige como la virtud de este negocio y nos tiene a nosotros como súbditos que desafían constantemente al reloj. Por eso nos buscan, porque en la actualidad nadie quiere perder el tiempo en trabajos que solo van a engrosar los repositorios de las universidades, los archivos de los municipios, los ficheros de las empresas, los casilleros de los profesores. Nosotros ayudamos a quien tenga el dinero suficiente a deshacerse de aquello que le impide avanzar. Aunque, conviene aclararlo, todo lo que he dicho no son más que divagaciones mías. La charla con la ingeniera nunca ha ido más allá de ciertos límites de cordialidad y buena disposición que nos impone el hecho de estar sentados el uno al lado de la otra. Tampoco hay tiempo para crear vínculos.

De vez en cuando, de todos modos, no está mal fantasear un poco. Maltratada por los años, debió haber sido una mujer muy hermosa, de cuerpo esbelto, en el pasado. Imaginar en medio de la tarde más abrumadora que ella y yo coincidimos en el pasillo de los baños, donde ya no nos alcanza el ojo ciego de la cámara, y nos encerramos en un cubículo por algunos minutos, puede disminuir en algo la tensión de mis hombros. Los mismos baños donde hago mis necesidades a toda prisa para volver a mi puesto cuanto antes. Sí, yo no pierdo la esperanza. Me pregunto si eso en esencia es positivo o negativo.

Porque hay veces en que me cuesta establecer diferencias entre esperanza y fantasía y me digo que estoy confundido, así como hay otras en que pienso que por aferrarme a la esperanza tengo un trabajo, vivo en malas condiciones pero ya lejos de la casa de mis padres y puedo permitirme breves ensoñaciones para deleitar a mi mente agarrotada por el trabajo. Luego caigo en cuenta de que si tuviera otra clase de esperanza, buscaría otro empleo y me sentiría menos asqueado de mi vida. Entonces me digo que no sé lo que es la esperanza.

Quizá la esperanza sea creer que usted, el investigador, leerá este informe y hará algo. No sé qué, simplemente algo. Entonces me paro en seco y me digo que es una fantasía. Al fin y al cabo, a quién le importa lo que yo diga.

Quinto cuento:

Al abrigo de la pantalla

No me decidía del todo. Tampoco había declinado la invitación de mis amigos. Estaba lejos de casa, en una ciudad de aceras solitarias a mediodía cuyas fachadas blancas devolvían al cielo los rayos del sol. Le hacía compañía a mamá. Desde que se había instalado allí, nuestros encuentros se habían vuelto poco frecuentes. Solo fechas especiales, como la navidad que acababa de pasar, nos ofrecían una excusa para vernos. Todavía quedaban algunos días antes de fin de año. Bien podía regresar y alistar la mochila para la excursión.

La duda me paralizaba. Comprobaba en mí cierta resistencia ante la idea de echarme al ruedo y acampar en una montaña. Después tendría que volver a casa fatigado y aun así regresar luego junto a mamá. No podía dejarla sola en fin de año. Pero quedarme con ella en su propiedad, que irremediablemente me hacía sentir un intruso, tampoco me parecía razonable.

Los tres días que llevaba allí habían bastado para ensombrecer mi estado de ánimo. Me exasperaba el escaso movimiento de las calles, aunque no tanto como mi propia inmovilidad. Me ganaba la frustración. En el interior del patio central, rodeado por la penumbra de la galería, me figuraba a mí mismo como la ficha perdida de un juego que ignoraba.

Mamá debió haber visto el desánimo en mi rostro. Me exhortó a sumarme a la excursión. Parecía atribulada por no hallar la manera de distraerme ni inventar razones para que me quedara. Era una lástima. Tanto ella como yo sabíamos que la distancia era el antídoto más eficaz para borrar la desazón que nos dejaban nuestros encuentros, siempre había sido así. Ya que su exhortación le restaba violencia a la partida, aproveché la oportunidad para decidirme. Esa misma noche, le dije, volvería a mi ciudad para tener tiempo de preparar mis cosas. La salida estaba programada para las once de la noche del día siguiente. Si llegaba poco después del anochecer, tendría tiempo de sobra para descansar y por la mañana podría hacerme cargo de lo que hiciera falta.

Mamá se despidió después de almorzar. Que tenía una cita con la peluquera, me dijo. Me deseó un buen viaje. Yo me tumbé en la cama, saqué mi celular, repasé las páginas de inicio de mis redes sociales y le mandé otro mensaje a Claudia. Cuando las

imágenes que me arrojaba la pantalla se volvieron inaprehensibles y la comida se posó en mi estómago, me arrebujé en la colcha. Todavía vi el resplandor del sol que se filtraba por la ventana. Alcé la colcha hasta cubrir mi rostro.

Entorpecido por el sueño, me tomó varios segundos darme cuenta de que había anochecido. La luz mortecina de un poste de alumbrado alcanzaba de soslayo la pared del fondo. Removí la colcha y las cobijas. No encontraba mi celular. Debajo se oían pasos y voces atenuados —la habitación que mamá disponía para mí en cada visita estaba justo encima de la sala. Me deslicé por el borde de la cama hasta que mi oído quedó pegado a la juntura de dos tablas del suelo. Mamá les contaba a sus invitados, cuyas voces me llegaban en número impreciso, que me había ido después del almuerzo, que había estado encantada con mi visita, que aunque los festejos de navidad solo nos reunían a los dos cada año desde mi adolescencia, no podía estar más satisfecha, que lamentaba que me hubiera marchado prematuramente, que entendía que era joven y no podía retenerme en un lugar apartado, que esperaba que más adelante yo estuviera en condiciones de pagarnos un viaje al extranjero para celebrar el año nuevo. Llegado a ese punto, mis brazos, que habían abandonado el borde de la cama para alzar mi cabeza a una altura más cómoda y evitar que mi cuello se doblara, ya no pudieron sostenerme más. Mi hombro izquierdo chocó con el entarimado, produciéndome un dolor en el costado que apenas pude contener con un chillido, y mis pies quedaron suspendidos a pocos centímetros del suelo. Mamá, que había pensado que los ruidos provenían del tejado, les explicó a sus invitados que había detectado la presencia de una raposa y que había tratado por todos los medios de deshacerse de ella. Ahora ya estaba habituada a su presencia, solo la posibilidad de que engendrara crías le hacía considerar la contratación de un exterminador de plagas.

Los invitados se quedaron hasta muy tarde. Yo permanecí expectante en cama, con un dolor que limitaba los movimientos laterales de mi cuello y alargaba el tiempo sin noticias de Claudia. Esperé hasta escuchar los pasos del último invitado perderse en el silencio de las calles. Entonces, con mucho cuidado, me recosté y me procuré un sueño agitado que me mantuvo enfebrecido y alerta toda la noche. Con la primera claridad de la aurora busqué mi celular en el amasijo de sábanas arremolinado a los pies de la cama. Estaba descargado. Dejé todo en orden. Me moví sigilosamente a través de los pasillos y en pocos minutos caminaba en dirección a la terminal de buses.

Por entonces yo compartía una casa de una sola planta con mi primo Juan. La parte delantera estaba cercada por unas simples rejas verticales de dos metros, separadas una de otra por escasos centímetros que permitían contemplar desde afuera el edificio

principal, el jardín yermo y sucio y el garaje vacío a un lado. Traspuesta la cancela, una maceta, regalo de Claudia y único adorno del jardín, presidía el estrecho sendero hasta la puerta de entrada y resguardaba los únicos signos de vida alrededor, unos claveles deslucidos que parecían agostados bajo la luz del sol. Hacía falta entrar a la casa para contrastar el panorama miserable de la fachada con la comodidad y modernidad del interior. El vestíbulo, que hacía las veces de sala, se extendía al frente y a la derecha. Un sofá mullido de material sintético con un soporte de madera como base, sin patas, sobre una alfombra de figuras geométricas, dispuestas aleatoriamente, de colores chillones, enfrentaba la pared de la puerta de entrada, en la que había una televisión plana empotrada. Bajo la televisión había un equipo de sonido, dos consolas de videojuegos con sus respectivas palancas y una hilera horizontal de discos, todo sostenido por un mueble diseñado a la medida. Los parlantes sobresalían de cada vértice superior, como las cámaras de seguridad de los supermercados, y dos lámparas de pie se erguían en los rincones que estaban por detrás y delante del sofá. A la izquierda estaba la cocina, sencilla, descubierta, separada de la sala-vestíbulo por un tablero horizontal de imitación madera que servía como mesa. Las alacenas estaban llenas siempre de comida enlatada, fundas de frituras, paquetes de fideos, frascos de salsas para picar, mientras la refrigeradora contenía alimentos precocidos y botellas de cerveza, jugo y agua. Las dos habitaciones tenían baño privado. Estaban al fondo, cada una a un extremo, separadas por un estudio oblongo que Juan utilizaba como gimnasio improvisado. Quizá haga falta decir que yo no ocupaba más que mi habitación, excepto cuando él me invitaba a jugar o a comer. Y cuando Claudia iba de visita, ni siquiera me hacía falta informarle, él se esfumaba antes de que ella apareciera. Los padres de Juan, parientes que nunca me habían dedicado una sonrisa ni un gesto amable, le habían dejado la casa cuando decidieron mudarse a la costa. Entonces él, en un gesto de solidaridad inusual, me propuso acompañarlo, mientras yo, que iba de un cuarto de arriendo a otro desde que mamá se había marchado, terminaba mis estudios universitarios. La convivencia no era difícil. Cada uno realizaba sus actividades y tenía la libertad de hacer cuanto quisiera, siempre y cuando no perturbara ni estorbara al otro.

Ese día llegué temprano. De inmediato puse a cargar mi celular. Las notificaciones del chat grupal con mis amigos no paraban de acumularse. Claudia, por otro lado, no daba señales de vida. Estaba cansado. Me invadió una sensación de derrota de origen impreciso. Me dormí en cuanto me acosté.

Cuando abrí los ojos, Juan me miraba con una sonrisa sarcástica desde el vano de la puerta (desde mi perspectiva aturdida por el sueño, también un tanto amarga). No me avisaste que volvías hoy, me dijo —nunca intercambiábamos información sobre nuestros respectivos viajes o salidas. Sí, yo también te deseo una feliz navidad. Pues pensé que estarías en la playa con tus padres, le dije. Ni hablar, no tengo nada que hacer ahí. Además, bien sabes que detesto la playa, me dijo. Ya pasó la navidad y se aproxima año nuevo, creí que estarías contagiado del ambiente festivo y te entrarían ganas de ver a tus padres, le dije. Ellos están bien, no me necesitan para sentirse mejor, dijo e hizo una pausa. ¿Vas a pasar aquí fin de año?, me preguntó de repente. No, no, ya sabes que no puedo dejar sola a mamá. En la noche me voy de excursión con mis amigos. Regresaré pasado mañana. Y probablemente el mismo día, una vez que haya vomitado toda la comida mal preparada y los masmelos de la fogata, vuelva a Ibarra, le respondí. Juan pareció satisfecho con mi respuesta. Inclino la cabeza, se dio media vuelta y, alzando la mano, se despidió con ademán nervioso. Yo dormí un poco más.

El celular estaba completamente cargado cuando lo desenchufé. La pantalla marcaba las 18:36. El número de notificaciones había aumentado. Como suponía, ninguna era de Claudia. Sin leer los mensajes, les confirmé a mis amigos que me unía al plan. No tardaron en llegar respuestas alegres y de felicitación. José, el amigo que había propuesto y organizado la excursión, me envió la lista de provisiones que me correspondía. Nada que no se pueda comprar en la tienda de al lado, pensé. Sin embargo, no podía compartir el entusiasmo de mis amigos. *Imagínense, dos días alejados de todo, sin señal que permita la llegada de mensajes impertinentes.* Me burlé mucho de ese mensaje.

Con movimientos lentos, como si hubiera sido indispensable meditar cada acción antes de realizarla, hice la mochila. Todavía me quedaba tiempo hasta las nueve, hora señalada para el encuentro en casa de José, desde donde partiríamos en la buseta de su padre a la terminal de buses —viajaríamos de noche para comenzar la ascensión a primera hora. Visto desde fuera, yo fingía el empeño de una persona con atención a los detalles. En realidad, solo me movía como un autómatas. La parsimonia era un signo equívoco que se esforzaba en ocultar la creciente inquietud que se agolpaba en mi cabeza.

Llegué con un ligero retraso. Todos estaban reunidos en la sala de José. Apenas crucé el umbral, las sonrisas amistosas que se dirigían unos a otros se congelaron en la mirada inquisitiva con que me inspeccionaron. Bastaron las primeras preguntas para que lo entendiera. No solo no disponía de la fuerza necesaria para llevar a cabo una travesía como esa (mis brazos no habían sido capaces de sostenerme por pocos minutos y mi

hombro, aplastado bajo el peso de la mochila, me punzaba cada vez que me acordaba de él), sino que, por mi ropa y el tamaño de mi mochila, mis amigos dedujeron de inmediato que no contaba con el equipo necesario.

Debieron percibir mi frustración. ¿Acaso no leíste nuestros mensajes? Dijimos que cada uno llevara una mudada extra de ropa abrigada. Aunque con tu rompevientos quizá sea suficiente. Es una lástima que no trajeras botas. Pero, bueno, no te preocupes, por la noche puedes arrimar los zapatos a la fogata para que se sequen. Yo te recomendaría que te arremangues el pantalón para no ensuciar la carpa. De acuerdo con los últimos informes meteorológicos, el clima está nublado y de seguro hay lodo por todas partes. Además, tu ayuda nos vendrá bien. Ya que eres el más ligero, puedes transportar la carpa y la leña, imagino que no hay un solo rincón seco en todo el camino. Yo solo los dejaba seguir.

En el trayecto a la terminal permanecí en el rincón más alejado de la buseta con las manos metidas en los bolsillos. Cada vez que el vehículo caía en un bache, sacaba el celular para ver la hora. Ansiaba la llegada de una señal, a pesar de que ya sabía lo que tenía que hacer. Cuando todos se bajaron, le entregué a José las provisiones y les deseé suerte. El padre condujo de vuelta a su casa y se ofreció a llevarme. Le dije que pediría un taxi desde ahí.

En cuanto metió la buseta en el garaje y yo me quedé solo en la acera, inicié la caminata. El dolor se extendía desde mi hombro hacia el flanco izquierdo. Cada paso transmitía una vibración que se agudizaba a la altura de mi clavícula y penetraba como una daga hasta mi pecho. Una sonrisa doliente se dibujaba en mi rostro cada vez que tenía que bajar o subir de la acera o moverme a través de una calzada irregular. Los postes de alumbrado marcaban a manera de mojones el camino. Por su culpa no podía verse ni una estrella en el cielo. Yo no lo había solicitado, pero ahí estaba su luz derramándose sobre mí con la promesa de protegerme de las sombras.

Las últimas cuerdas se me hicieron insoportables. Mis pies se levantaban uno tras otro con pesadez. Caminaba agachado, con la mochila a cuestas, y no pensaba más que en el momento de librarme de su peso y tumbarme en la cama. En la esquina alcé la vista con una especie de satisfacción febril en el rostro. Quizá debido a un fallo mecánico o a la edad del foco, el poste enfrente de la casa de mi primo se apagaba y se prendía. También emitía un zumbido pertinaz. Franqueé la cancela. Ya daba mi primer paso hacia la puerta cuando de repente hubo un estallido que sumió el lugar en las tinieblas. Trastabillé. Me fui de bruces sobre la maceta. Sentí cómo la cerámica se rompía bajo mi peso y la tierra

se desparramaba. Me levanté atropelladamente, tomé los claveles entre mis manos y los arrojé con fuerza sin mirar a dónde. Quería gritar, explotar en mil insultos. Me dominé justo a tiempo. Entré sin preocuparme por el ruido, tiré la mochila, me desvestí, miré la pantalla del celular por última vez, me tendí boca abajo en la cama y me quedé dormido.

Me desperté pasadas las nueve con el cuerpo entumecido. Mis extremidades me respondían a medias y mis párpados se plegaban con dificultad, como si se deslizaran sobre una superficie áspera. Fui al baño con el celular. Sentado en la taza del inodoro, revisé las novedades de las páginas de inicio de mis redes sociales hasta que di con las mismas publicaciones que había visto el día anterior. Me metí en los perfiles de Claudia abrigando la esperanza de encontrar alguna novedad sobre ella. Entonces escuché un portazo. Voces y pasos se aproximaban. La puerta de mi habitación se abrió.

Te digo que se fue con sus amigos. Tú lo sabrías si le hubieras escrito.

Había una pregunta que solía formularme muchas veces al día. ¿Dónde estás, Claudia? Nunca la enviaba, la guardaba para mis adentros. A ella no le gustaba sentirse acosada, así me lo dijo en una ocasión. Yo me esforzaba en contener las ganas de escribirle más a menudo, pese a que la impaciencia y la curiosidad me devoraban. Pasaba más tiempo esperando sus mensajes que discuriendo la forma precisa de responderle.

Mira qué asco, ni siquiera se tomó el tiempo de tender su cama. Cerdo. ¿Dónde dices que los esconde? ¿En la cómoda? Ven, relájate, no pasa nada.

Yo quería que tuviéramos una relación sin secretos. Creía que para eso existían tantos canales de comunicación. Así podía aproximarme a todas sus facetas. Era cuestión de indagar en la red hasta agotar lo que podía proporcionarme sobre ella. No contaba con que su silencio, sumado a los vacíos que no podía llenar de su pasado, se transformaría en el chispazo que encendía mis más disparatadas fantasías.

Sí, ya te he dicho que no sé qué pasó con los claveles. Nunca me he ocupado de ellos. Quizás rompió la maceta por accidente y los trasplantó a una nueva. Sabes, nunca lo hemos hecho aquí. ¿Por qué no nos quedamos? Ya sabes, para variar un poco.

Con el culo todavía sucio, resbalé hacia el suelo. Dejé el celular tirado por ahí. Me deslicé como un roedor en dirección a la puerta. A través del intersticio inferior veía un juego de sombras que se agitaba acompasadamente. Me llegaban los gemidos de ambos. Di vuelta sobre mí mismo para no ver más del espectáculo de sombras. Había deshecho estrepitosamente una maceta, mi mochila estaba tirada en la habitación, ¿cómo era posible que no se hubieran dado cuenta?, pensé.

¿Qué haces con el celular? Te he dicho que no me gustan las fotos ni los videos, cualquier cosa que pueda servir de evidencia.

Pensaba en mis amigos, en su ascenso desesperado. De seguro todos tenían sus celulares en los bolsillos, felices de saberse sin señal, pero ansiosos por llegar arriba para emprender la bajada y ver los mensajes acumulados durante su ausencia. Fichas perdidas en la montaña.

¿Que quieres responderle ahorita? Ja, ja, ja. Eres malvada. ¿Qué? ¿Más rápido? ¿Al mismo tiempo?

El grito final amortigua el sonido del tono configurado especialmente para los mensajes de Claudia.

Sexto cuento:

Pronóstico

“I feel fine,” she said.
“There’s nothing wrong with me.
I feel fine.”
(Hemingway 1997, 55)

El primer día despejado. Veo que el nivel del agua ha disminuido. Se forman remolinos alrededor de las alcantarillas que no han sido obstruidas aún por la basura. No recordaba la plácida sensación del sol sobre mí, a pesar de que el exceso de ropa me calienta hasta crear la ilusión de que tengo fiebre. Se está bien así.

El celular no ha parado de vibrar en toda la mañana. Será mejor bloquear su número. A los pocos días se dará por vencido.

Mis piernas apenas pueden sostenerme. He pasado sentada. No dormí en toda la noche. Por lo mismo ha sido una coincidencia afortunada que los niños se pusieran de acuerdo para no asistir a la clase de hoy. No asistir a la clase. No puedo evitar sonreír cuando lo digo. Primero, porque realmente no asisten, es su figura virtual la que se proyecta en mi pantalla, y segundo, porque son niños de tan solo siete años que ya se dan modos para saltarse una clase. Como si tuvieran algo mejor en qué utilizar el tiempo del encierro. Como si fuera tan difícil encender la cámara de la computadora y atender, o fingir que se atiende, a las lecciones de una mujer desencantada. Pero sin duda soy yo quien se equivoca.

El director ya lo dijo en la primera reunión de padres de familia: los beneficios de la tecnología son incalculables. Claro que entonces nadie imaginaba que la sentencia del director sería puesta a prueba por las adversidades que nos han empujado hasta nuestra situación actual. Yo diría que aquella tarde incluso hubo un murmullo de asentimiento que recorrió la sala. Hasta puedo representarme los rostros complacidos de los asistentes, una imagen que se borra cuando los tengo de frente para presentarme y esbozar el plan de estudios. Nadie me prestó mucha atención. Debí haberlo tomado como un ensayo de lo que vendría poco después.

Este año se me ha hecho particularmente difícil conectarme con los niños (ahora resulta irónico usar ese verbo). Empleé todas las herramientas didácticas que pusieron a mi disposición, intenté crear un entorno participativo en el que ninguno se sintiera

excluido, establecí una red de diálogo para conocer las opiniones de cada uno, me volví más flexible con el uso de dispositivos electrónicos en clase... Medidas innecesarias, me diría cualquiera, si se toma en cuenta que el rendimiento de los primeros niveles ha mejorado mucho en los últimos años. Todos saben leer, es cierto; que a la mayoría le cuesta escribir, también. Por eso yo, que siempre he pretendido estrechar relaciones con mis estudiantes y apoyarlos en lo que necesiten, me desanimaba al comprobar que preferían sus aparatos antes que a mí. Si no hubiera tenido a Sergio para desahogarme, probablemente me habría dejado alcanzar por la frustración mucho antes. Pero si no hubiera sido por él, tampoco me habría precipitado de un instante a otro en la angustia como en un estanque de aguas turbias.

No puedo negar que nuestra relación, pese a haber sido episódica, me proporcionaba puntualmente una vía de escape a la desesperación. Sus apariciones restaban o me hacían olvidar la pesadumbre. Tal como lo pactamos casi de entrada, no nos hacía falta hablar de más, mucho menos de nuestros sentimientos, solo buscarnos en caso de necesidad. Es inevitable llegar a cierta edad en que, carcomida por la desconfianza, una descarta el amor como posibilidad y toma lo que puede. Entonces abandona el capricho de ver en cada nueva persona una pareja y se conforma con satisfacer los pequeños placeres. Así lo entendíamos él y yo, nos entregábamos a un juego tácito, con la estricta observancia a las reglas que ponen dos apostadores veteranos.

Recuerdo un día en especial, el último en que nos vimos. Fue casi al inicio del temporal, cuando las voces alarmadas de los meteorólogos independientes pronosticaban la catástrofe que se avecinaba ante la sonrisa escéptica del gobierno y los medios de comunicación. Me sentía cansada y enferma. El mareo y el vómito no me daban tregua. Ya los días anteriores los truenos y la lluvia me habían arrebatado la concentración de mis alumnos más despiertos, los últimos que me prestaban atención. Cuando esa mañana llegué a la escuela, con un poncho de aguas y un gabán de paño recio en sustitución de mi acostumbrado capote amarillo, no quedaba ni rastro de la poca autoridad que había tratado de conservar con mucho esfuerzo.

Los niños supieron aprovecharse de mi condición: ya no se tomaban el trabajo de esconder sus aparatos cada vez que me daba vuelta para encararlos. No me sentía con fuerzas para reprenderlos, apenas podía mirarlos con algo a medio camino entre la desaprobación y la pena. Si mis pies se resistían a obedecerme, ¿qué podía esperar de un grupo de niños refugiado detrás de las pantallas de sus tablets para olvidarse del frío de la tormenta? Hubo un momento en que me senté y escondí el rostro entre mis brazos

cruzados sobre el escritorio. Cuando levanté la vista, todos estaban alrededor del pupitre de Joaquín Morales. Sentí deseos de llorar, de reclamarles su insensibilidad. Ninguno parecía reparar en mí. Tuve que admitir que no era la primera vez que me sucedía.

Durante el primer mes de clases, en lugar de quedarme en el aula recuperando el aliento como las profesoras más viejas, a la hora del recreo salía al patio con los niños. Para mí es el momento más importante del día, cuando puedo demostrarles cariño y ganarme su confianza; es lo que más he extrañado. Revisitaba el catálogo de juegos que había aprendido de pequeña y se lo enseñaba. Daba gusto ver las sonrisas radiantes al sol, que tenía diminutas réplicas esparcidas por el césped en forma de cerrajones. Nos tomábamos de las manos y saltábamos en círculos o correteábamos en desorden por el patio. Cantábamos en grupos o nos escondíamos a solas. Dibujábamos figuras en el cemento o perseguíamos pelotas para asestarlas en el blanco. Jugábamos con la inocencia de quien no conoce bien las reglas y cae en el error por diversión una y otra vez. Era un buen inicio.

Lastimosamente, como viene sucediendo desde hace algunos años, se produjo cierto cortocircuito entre nosotros. Pasamos de los días alegres en que tenían mucha energía por volver recién de vacaciones, a los días de encierro en el aula anteriores al fenómeno climático. El primero en desentenderse no podía ser otro que Joaquín. Él fue quien declinó los juegos al aire libre por las aplicaciones descargables de su tablet. Se quedaba solo en el interior y atraía con los destellos y sonidos de su aparato al resto de sus compañeros. Uno por uno fueron claudicando, hasta que yo fui la única que deambulaba por el patio en el recreo. Al final yo también permanecí adentro, a veces con las cortinas echadas y las luces prendidas para que el sol no les estorbara. La diferencia era que la lluvia no tableteaba contra los ventanales del fondo y yo aún tenía un mínimo de respeto de su parte. No como esa mañana en que mi congoja se transformó en encono cuando los vi dar exclamaciones de asombro ante lo que fuera que hiciera Joaquín.

Me levanté. Di tres zancadas. Sin mediar palabra le arranqué el aparato de las manos. Dos docenas de ojos compungidos se clavaron en mí. Joaquín me suplicó que se lo devolviera. Me dijo que tenía que reunir doscientas monedas, o recolectar cincuenta manzanas, o matar a quince encapuchados, o destruir cinco naves nodrizas, o qué se yo, antes del mediodía, caso contrario perdería el nivel. Le dije que no quería más distracciones por el resto del día. Se ofuscó ante mi determinación. Tuvo que reunir valor para pasar al contraataque. Me conminó a dárselo inmediatamente si no quería que me delatara con sus madre. Le respondí que tomaría el riesgo.

Estaba muy excitada luego de la pelea. Una parte de mí quería desquitarse con la clase, mientras la otra parecía atenazada por la confusión. Me cuestioné por qué había estudiado para docente de educación primaria.

A la hora de salida acompañé a Joaquín hacia el vestíbulo. La gente se arremolinaba alrededor de la entrada. Eran los primeros días, cuando una auténtica cortina de agua se abatía sobre la ciudad. La mampara de vidrio a duras penas resistía la presión de los cuerpos mojados. Los paraguas se abrían y se cerraban, asestaban golpes, les ganaban terreno a los sobrevivientes del diluvio. Como era de esperarse, no estaban los padres de Joaquín sino la empleada doméstica. A ella le entregué el objeto incautado y, sin mucha esperanza, le pedí que les transmitiera un mensaje de mi parte. Ella asintió, verdaderamente apenada, pero en cuanto hizo contacto visual con el niño, mudó de semblante. Me pregunté cómo debían ser su padre y su madre. Me los imaginé en conjunto como la típica familia de los centros comerciales: la pareja cede sus celulares a sus hijos con tal de acabar con las pataletas, no les importa comprender el motivo del berrinche, solo quieren que se callen. La empleada aún se aseguró de abrochar bien la chaqueta con capucha de Joaquín antes de zambullirse juntos en la borrasca, tragados por la multitud.

No hacía falta ser un experto en precipitación pluvial para darse cuenta de que el sistema de drenaje de la ciudad estaba desbordado. Las calles se habían convertido en riadas por las que el agua circulaba como por el cauce de un río. Antes de abandonar la escuela cité a Sergio en mi departamento. De camino, pese a que vivo cerca, me demoré por desviarme a la farmacia. En ese breve trayecto, mis medias y mi pantalón se empaparon. Desde que llegué al departamento me encerré en el baño. Me veía como una perra callejera que, además de estar mojada, ha sido maltratada. Me habría quedado eternamente si no hubiera escuchado el timbre. Para entonces ya lo sabía.

La lluvia no había desmejorado en nada la apariencia de Sergio. Él poseía la extraordinaria cualidad de lucir siempre tal como había aparecido por primera vez en fotos para mí. Transmitía la misma sensación de limpieza y buen olor que los modelos de desodorante. Dejó el paraguas, el impermeable y las botas en el lobby. Empezaba a sacarse el jersey cuando lo invité a pasar a la sala. Por un instante mi mente me jugó una mala pasada. Quería hablarle de los niños, contarle el incidente de Joaquín Morales, compartirle el malestar de los últimos días, reclinar me sobre su pecho y llorar. Hice un gran esfuerzo en contenerme.

Yo le había contado que trabajaba con niños. Él me había dejado muy en claro desde el principio que no le gustaban. Por eso, cuando hablábamos, nos entreteníamos

con otra clase de temas. Además, nosotros teníamos asuntos más importantes de que ocuparnos.

Con las manos hechas puño y las uñas clavadas en las palmas, me infundí ánimos para decirle que me había cansado de él, que, como estaba pactado, había llegado el momento de comunicarle que ya no quería volver a verlo. No supo qué responder. Parecía desconcertado. De seguro no se explicaba que alguien tan atractivo como él fuera desechado como si nada. Tampoco tuvo la voluntad de preguntar qué había pasado. En sus ojos se reflejaba el temor de haber sido reemplazado o de ya no ser eficaz para su tarea. Yo no traté de desmentirlo ni revelé mis motivos. Era como jugar una última partida de cartas: quien cometía la imprudencia de mostrar el más leve signo de emoción podía dar por perdida la apuesta.

Quién sabe cuánto tiempo habría podido quedarme así. Yo no tenía intenciones de delatarme. Finalmente fue él quien tuvo que encajar el golpe. Me regaló una sonrisa tierna, se levantó, me dio un beso en la frente, se puso de nuevo sus prendas y cerró la puerta tras de sí sin hacer ruido. Lloré como nunca después de que se marchó.

Ese mismo fin de semana el director emitió un comunicado: la escuela cerraba indefinidamente debido a la inclemencia del clima y las clases se dictarían de manera virtual a través de las plataformas contratadas por la institución. Que no me seducía la idea de dirigirme a una pantalla, era un hecho; que necesitaba tiempo y espacio para mí, una urgencia. Debo confesar que acogí las instrucciones del director con alivio.

Dejé correr los días. Ya no me preocupaba como antes de preparar cada una de mis lecciones. Improvisaba mientras observaba los recuadros con las imágenes de mis estudiantes. Uno de mis placeres secretos consistía en hacerles preguntas fuera de contexto a quienes se despistaban. También me satisfacía enviar mensajes de texto para notificar a la madre o al padre que su hija o hijo no había presentado la tarea o que había interrumpido la clase. Me dirigía más que nadie a la madre de Joaquín Morales. No había el número de ningún hombre registrado entre sus tutores. Me gustaba reportar uno tras otro los desatinos de ese niño. Cuando recobraba la cordura, indagaba dónde había quedado el amor que me impulsó a estudiar para docente. Por algún motivo nunca persistía hasta obtener una respuesta. De cualquier manera, empecé a sentirme más libre, menos apesadumbrada, quizás porque me daba cuenta de que la responsabilidad ya no recaía exclusivamente sobre mí.

Como por obra de una solicitud en parte atendida, en esos días los niveles de precipitación disminuyeron, no tanto como para darles un descanso a las alcantarillas, pero sí como para mantener un equilibrio precario que permitía que por las avenidas más espaciosas y modernas de la ciudad transitaran vehículos y que las principales vías de transporte público estuvieran despejadas. Para controlar situaciones concretas, el gobierno implementó servicios de emergencia como aplicaciones para celular, páginas web y números de teléfono. Nos decían que estaban tomando precauciones para adelantarse a cualquier percance. Al mismo tiempo circulaban rumores a través de redes sociales sobre barrios enteros arrasados por las lluvias o denuncias de fallas en los servicios de emergencia. Había videos de familias evacuadas que prácticamente debían nadar para alcanzar los botes salvavidas de los bomberos. Tuve que desconectarme por un tiempo para no dejarme absorber por las malas noticias y seguir con mi vida.

Sin embargo, con el paso de las semanas descubrí que mi malestar lo único que había hecho era desplazarse. Ya no me ocasionaba desasosiego el desapego de los niños sino el desinterés de los padres. Podía matarme escribiendo serias reconvenciones a la madre de Joaquín por el comportamiento de su hijo que me hubiera dado lo mismo gritarle al celular bloqueado. Ella se disculpaba, me prometía que hablaría con él. De vez en cuando intercalaba un comentario sobre la carga de su trabajo. Al final no cambiaba nada.

No creía que ella fuera una mala persona. Conjeturaba que era una mujer ocupada. No podía ni quería imaginar la dificultad de educar sola a una criatura. Más bien empecé a sentir compasión por Joaquín y los demás, ya que él no era el único. Regalarle un dispositivo electrónico es la manera más sencilla de silenciar e imponer una barrera a los niños. Comprobar que habían sido abandonados a la deriva me afectó al punto de que volví a sentirme enferma; mejor dicho, me hice consciente de que no había hecho nada por restablecerme, que la fuga había crecido hasta inundarme por dentro.

Ya que las pastillas, hasta donde tengo entendido, no se pueden conseguir sin receta y no era razonable acudir a la consulta de un médico, se me ocurrió una alternativa que no habría contemplado bajo ninguna otra circunstancia. Me acordé de Pablo Espinoza, un compañero del colegio del que se decía que estaba locamente enamorado de mí. Era callado y tímido. Jamás se me acercó. Lo último que supe de él era que había estudiado medicina y que había formado una familia. Me asombró enterarme de ese dato. ¿Cómo era posible que incluso él se hubiera casado? Para mi fortuna, fue fácil dar con su número de celular, bastó ingresar su nombre en el motor de búsqueda.

Desde el primer contacto me mostré triste y desamparada. Pensé que conmoerlo así me ayudaría a vencer su resistencia. Lo tenía por un hombre cohibido que necesitaba una mano antes de tomar sus decisiones. Al menos así lo recordaba. Me ahorré muchas palabras porque al segundo día ya conseguí su acatamiento sin que me preguntara para qué deseaba las pastillas. Se mostró tan comedido que hasta se ofreció a traerlas a mi departamento, a pesar de que yo insistí en que no era necesario.

Ayer, cuando vino, intuí desde su llegada que su visita se prolongaría. Ya no quedaban rastros del muchacho taciturno que desviaba la mirada cada vez que me cruzaba en su camino. En su lugar había un hombre taimado que exhibía su confianza en sí mismo como una insignia. El trato cotidiano con las personas, a causa de su profesión, había refinado su carácter. Se creía con el don de persuadir a una persona de que su verruga o la más leve mancha en la piel era síntoma de cáncer.

Yo no me dejaba convencer. Lo miraba divertida y escuchaba atenta sus historias, solo para que imaginara que estaba muy contenta con su presencia. De paso me preparaba para cualquier contingencia. Después de todo, en una bolsa que depositó sobre la mesa del comedor estaban las pastillas. En un momento dado, para fastidiarlo, le pregunté por su familia. Sin disminuir un ápice el cinismo, me contó que tenía una hija y cambió súbitamente de tema. Yo traté de volver; sus divagaciones siguieron otro rumbo.

No voy a mentir, esperé con impaciencia su partida. La mayoría del tiempo me provocaba repulsión, sobre todo cuando en un intento por lucir encantador realmente se portaba agresivo. En un punto incluso me costaba reír de sus grotescos chistes de doble sentido o fingir interés en lo que hacía. Ya no aguanté más cuando imaginé que de hecho él tenía una hija, así como los padres de mis niños, que aguardaba su regreso. También se me vino Sergio a la cabeza y fui consciente de que nunca más lo vería. Había anochecido por completo cuando cerré la puerta en las narices de Espinoza.

Necesitaba desesperadamente una ducha. Ingerí las pastillas a toda prisa y abrí la llave de agua caliente sin encender la luz del baño. El rumor de la ducha se confundía con el de la lluvia. Si lloré, mis lágrimas pasaron a través de mis párpados cerrados y se confundieron en la oscuridad con los fluidos que drenaba el sifón. No podía evitar pensar en mis estudiantes, en Joaquín, en la hija de Espinoza. Habría querido hacer más por ellos. Luego reconocía que era una obligación que sobrepasaba mis fuerzas y llegaba a la conclusión de que no podía entregarles más de mí si no quería caer más tarde en lo mismo que hacían sus padres. No sé cuánto tiempo permanecí en la ducha, únicamente recuerdo el bienestar, más íntimo que físico, que sentí al salir.

Vi el amanecer desde aquí, sentada frente a la ventana. Aunque me pese en la conciencia, debo confesar que los niños me han quitado un peso de encima faltando a la clase de hoy. No quería verlos. Me siento débil. Me acuerdo de Sergio y siento nostalgia. Sé que no es más que una ilusión creada por mi estado vulnerable. Puede que en realidad sea el deseo de sentirme acompañada. En fin, hoy no hay nada más reconfortante que el sol en el cielo y el agua corriendo a toda prisa por las alcantarillas. Tal vez dentro de poco vuelvan a brotar cerrajones en el patio.

Séptimo cuento:

Una relación a distancia

Un fuerte golpe en la cabeza lo despertó. Se quedó aturdido. Oía gritos y amenazas. No entendía qué pasaba alrededor. Se llevó una mano a la zona adolorida. Se dio cuenta de que se había estrellado con la ventanilla. Le tomó varios segundos más volverse consciente de dónde estaba: había dejado el coche en el garaje y tomado el bus al aeropuerto. Estaba tan cansado que decidió no manejar. Se preguntó otra vez por qué se había ofrecido a despedirla en el aeropuerto.

Le costaba mucho aclarar sus ideas. No quería pensar. Vio que el bus frenaba hasta detenerse a un lado de la carretera. El cobrador ocupaba el volante, mientras el conductor se asomaba al pasillo y se recostaba en los dos asientos de la columna de la derecha. Si no hubiera nadie a su lado, él también se recostaría. Envidió la suerte del conductor. El bus volvía a ponerse en marcha.

El sol descendía por el horizonte y le pegaba de lleno en la cara. Lo envolvía en su calor como en un cálido manto. Él se dejaba arropar. Las dos últimas semanas se había acostumbrado a dormir cuando el sol ya había salido. No le molestaba. No era como la luz artificial de la oficina, donde nunca había podido siquiera echar una siesta. Ahora podía descansar.

Una nueva sacudida lo despertó. Esta vez no hubo golpe. Permaneció en su sitio con los ojos cerrados. Imaginaba que el bus se había descarrilado y atravesaba a toda velocidad un bosque. Casi podía percibir la inminencia de la colisión. Era extraño que, en lugar de sentir pánico, le tentara el accidente. Podría pasar unos días más en cama. De pronto sintió que algo lo sujetaba del hombro. Abrió los ojos. Adivinó una silueta que le anunció la llegada en medio de la oscuridad del pasillo. No pudo identificarla.

No le había preguntado dónde se verían. La despedida de la noche pasada había sido rápida e incómoda. Ella solo le había dicho, justo antes de marcharse, que sus amigos estarían ahí. Él no tenía ganas de portarse amable con desconocidos. Era seguro que ella le había hablado de sus amigos. Entonces esperaría atisbar cierta sombra de reconocimiento en los ojos de él conforme se los presentara. ¿Por qué no había dejado que se marchara furiosa la noche pasada? Se habría ahorrado la molestia.

Sacó el celular del bolsillo. La operadora le notificó que el servicio había sido suspendido por falta de pago. También habían dado de baja sus datos móviles. Cayó en cuenta de que no había usado su celular más que un par de veces desde que pidió vacaciones y que no había renovado el servicio. De hecho, se sentía más ligero y menos apesadumbrado desde que había relegado su celular al olvido. De algo habían servido las vacaciones. El trabajo no lo perseguía enmascarado bajo la inocente forma de llamadas, correos o mensajes.

Caminó deprisa por los corredores en busca de una cabina. Se le hizo difícil maniobrar con el celular en una mano y el teléfono de la cabina en la otra. Vuelos internacionales. Cómo pudo ser tan tonto. Ella iba a esperarlo en la entrada principal para tener un poco de privacidad. A él le complació saber que no tendría que jugar a las adivinanzas con sus amigos y que podría despedirse antes de que ella volviera adentro.

Mientras caminaba hacia la entrada, le dio la impresión de haber cruzado muchas veces por el mismo lugar. Por un instante se le nubló la visión. Estaba confundido. ¿A quién más había visto en el aeropuerto? No era posible. Tuvo que hurgar en su memoria para llegar a la conclusión de que no se trataba del lugar, sino de las circunstancias. Las despedidas largas, así como los rompimientos, más o menos acababan del mismo modo. Algo que se iba repitiendo en su vida con frecuencia.

A pocos metros de las puertas automáticas, de vidrio, la vio salir. Ella hizo el gesto de mirar a ambos lados. En cuanto lo reconoció, corrió hacia él, se prendió de su cuello con un abrazo y no paraba de besarlo. Él la sostuvo como pudo dando pequeños pasos hacia atrás. Estuvieron a punto de caer por no ver el equipaje de una pareja de ancianos que esperaba junto a la puerta.

Z la apartó, divertido, para mirarla directamente a los ojos. A le sonrió y, sin transición, comenzó su discurso. El ritmo pausado y cadencioso de su voz, así como la seguridad con que encajaba cada palabra, le revelaron el carácter reiterativo, preparado de antemano, de lo que ella le decía. Él se quedó en su sitio, oyendo sin escuchar, distraído como si percibiera un zumbido interno. ¿Cuántas veces había escuchado las mismas palabras? Ya no podía tomarlas en serio. Daba lo mismo hacer promesas que jamás se cumplirían.

Había bajado la guardia. Z no se percató de que había exteriorizado su insensibilidad. Recién volvió a sus pies cuando percibió cierta variación en el tono de voz de A. Era el mismo que había puesto en la discusión de ayer. Recordó en un chispazo cómo habían ocurrido las cosas. Se habían citado en un motel. Ella se había enfurecido

porque él no quería arriesgarse a tener una relación a distancia. Se ofendió aún más cuando le echó en cara que ni siquiera la había invitado a su casa después del viaje en el que se habían conocido. Recurrió obstinadamente al argumento de que habían logrado establecer un vínculo muy especial en poco tiempo y que valía la pena luchar para mantenerlo. Z siguió acostado, complacido después de follar, en la penumbra. No dijo nada. Se limitó a encender un cigarrillo y fumar. Se habría quedado en la misma posición si de repente no se hubiera sentido culpable por ser tan frío. Así que se ofreció a despedirla en el aeropuerto cuando ella ya estaba en la puerta del motel lista para marcharse.

El tono enfurecido de A lo puso alerta. Sabía que se aproximaba la misma oleada de recriminaciones de ayer, quizá incluso una más violenta. Compuso un semblante tierno y conciliatorio para aplacarla. Quería evitar a toda costa la confrontación. Pero ella ya había perdido el control.

Z intentó acariciarla; A lo esquivó. Después de un breve lapso de inmovilidad y silencio, ella se arrojó con las uñas a su rostro. Hubo forcejeos. Cuando pudo desprenderse, él retrocedió aturdido por los arañazos, mientras ella seguía gritando y gesticulando furiosa. La gente se aglomeraba en torno a ellos. Z encontró una brecha entre la multitud y se alejó restregándose la mejilla hacia la parada de buses. Sentía la sangre caliente manando entre sus dedos. No volvió la mirada ni una vez.

Apenas subió al bus reconoció al conductor tumbado en la primera fila. Inmóvil y con los ojos cerrados, parecía un cadáver satisfecho. Las luces estaban encendidas. No había ningún otro pasajero. Z se acomodó en un asiento del fondo, pegado a la ventanilla, y no despegó la vista del horizonte, con la mano en la mejilla. Estaba desorientado. Le dolía la herida y le molestaba la iluminación artificial. No podía formular ninguna idea ni distraerse de algún modo. Tardó mucho tiempo en recomponerse. Solo cuando la perspectiva lejana de las montañas había sido sustituida por el paisaje urbano reparó en la distancia que había recorrido el bus.

Miró a todas partes en el interior. Estaba vacío, hasta el conductor se había retirado. Tampoco lo había importunado el cobrador. Lo invadió la sensación de estar viajando en un vehículo fantasma. Como en un acto de prestidigitación, el celular apareció entre sus manos. No pudo responderse cómo había llegado hasta ahí. Examinó desconcertado el aparato. No quería hablar con nadie ni publicar la desazón que acababa de sufrir para que alguien la comentara y aliviara su pena. En un segundo momento se dio cuenta de que tampoco podía hacerlo.

Vio la fecha: último día de vacaciones. De pronto se sintió más fatigado y viejo, como si todo el cansancio acumulado cayera sobre él. Se reprochó no haber dedicado más tiempo a descansar. Se suponía que tenía que recuperarse. Le habían dado vacaciones en la empresa porque había padecido una infección en los párpados debido a las largas horas que pasaba frente a la pantalla. Le recetaron reposo. Z había escogido una ciudad del sur como destino, donde el mismo día de su llegada conoció a A. Esa noche se fueron a la cama. Entonces lo que había comenzado como un paseo de relajación se convirtió en una aventura frenética que solo en las madrugadas le concedía tiempo para dormir. No podía creer que recién ayer hubieran regresado a la capital, él con el fin de reincorporarse al trabajo, ella con el de tomar el vuelo de regreso a su país. Guardó el celular en el bolsillo izquierdo.

Ya estaba cerca de su casa. Se levantó para pedir la parada. El bus se detuvo. Z esperó que alguien se acercara a cobrarle. Pasados unos segundos, descendió los escalones pensando que quizás el cobrador estaba en la acera. Abajo no había nadie. El bus arrancó de nuevo y él se quedó inerte bajo un poste de alumbrado.

Entró al departamento. No encendió ningún interruptor. Tampoco le hacía falta, podía atravesar sin problemas el pasillo hasta la habitación. Se recostó en la cama. Tenía mucho sueño. Pero la herida le punzaba, como si se extendiera por cada centímetro de su cara, se detuviera en los pliegues y revolviera sus sentidos. Decidió cambiar de pensamientos, volver a momentos más plácidos. Entonces recordó las mañanas con A. La quemazón de la herida se transformó en la cálida caricia del sol en la cama junto a ella. Se sentía bien a su lado. Era una lástima que las horas se precipitaran al vacío sin darle tiempo de acoger la felicidad en su interior. El placer había constituido la única meta, que una vez saciado no había dejado el más leve destello de alegría. Z se revolvió en la cama. Ya no podía deleitarse con ese recuerdo.

Sentía a través de los párpados una blancura excesiva. Se levantaba a cerrar las cortinas. Era inútil. El resplandor no provenía del exterior. Había algo oculto debajo de la cama. Z se ponía de rodillas y registraba el suelo con las manos. Al primer contacto las retiraba asustado: había palpado una especie de tubos o gusanos gigantes. Reunía coraje y las metía de nuevo. Ahora sentía algo como la aspereza y humedad de las raíces de un árbol. Tiraba de ellas con tanta fuerza que se daba de espaldas contra la pared. La habitación volvía a sumirse en la oscuridad. Z jadeaba por el esfuerzo. Las raíces yacían sobre su regazo. Intentaba levantarse, algo se lo impedía. Las raíces se habían enroscado en su pierna izquierda como víboras y lo abatían con mordidas como descargas eléctricas.

Se despertó sobresaltado. El celular estaba vibrando.

La iluminación de la pantalla lo deslumbró. Con los ojos entreabiertos veía una serie de mensajes de A. No los abrió.

Dejó el celular sobre el velador. Acariciaba la superficie del aparato, reprimía el impulso de arrojarlo al suelo. Lo mejor sería dormir, le quedaban pocas horas. Podía verse a sí mismo sentado frente a la pantalla. Imaginar del otro lado la cara de A lo hizo estremecerse. Una relación a distancia. Ella no lo entendería.

Octavo cuento: A pasos de gigante

A Roberto Muñoz se le enfriaban los pies por las noches. Le disgustaba. Sabía que era la causa por la que dormía mal. Encogía las piernas hasta ovillarse y movía los dedos de los pies en un intento por generar calor. Era inútil, al rato volvía a despertarse con las rodillas extendidas y los pies entumecidos.

Soluciones a su problema se le ocurrían cada mañana. Mantas, cobijas o edredones extra. Dormir con medias. Acostarse con una bolsa de agua caliente entre los tobillos. Comprar una pijama de cuerpo completo. Incluso sugerir a sus padres la instalación de calefactores. Al final del día ya no quedaban ni rastro de sus ideas. Cerraba las copias de los inmensos manuales de bioquímica o anatomía, sintiendo un palpito en las sienes que se aceleraba si no se acostaba cuanto antes, que recrudecía cuando leía en la laptop.

Era temporada de lluvias. El tableteo de las gotas contra el tejado de zinc de la bodega que se abría justo por debajo de su ventana era lo único que lo relajaba. En cuanto se tendía en la cama, las palpitaciones cedían y su respiración se acompasaba. Se habría mostrado alegre todas las mañanas, de no ser porque transcurrido un par de horas sus pies ateridos le devolvían a la noche húmeda. Se sentía tan pesado que prefería procurarse un sueño agitado e irregular antes que buscar algo con que arrojarse. Por la mañana lo solucionaría.

Roberto solía llegar atrasado a la universidad. Vivía cerca. Bien podía tomar el bus. No lo hacía, porque le gustaba más caminar a pesar de que no siempre lo disfrutara. Había veces en que al andar repasaba las páginas finales de un texto que en la madrugada le había resultado incomprensible o doloroso por el palpito en las sienes. Se abstraía tanto en la lectura que más de una vez estuvo a punto de ser arrollado por un carro o atajado por oficinistas atrasados.

Pero cuando podía detenerse en el lento bostezo del paisaje urbano al desperezarse, pasaba de buen humor durante el resto del día. Puede que incluso habría llegado a sentirse feliz si hubiera respondido al impulso que lo incitaba a sacar una hoja de papel y dibujar, tal como lo hacía en sus años de colegio.

A medio camino entre su casa y la universidad se alzaba un hotel. Era uno de los edificios más altos y modernos de la ciudad. Ocupaba una manzana entera. Roberto

tomaba invariablemente por esa calle. En la esquina más cercana se regocijaba ante los juegos de lámparas del vestíbulo reverberando en los espejos y en la otra había una panadería donde solía comprar bollos o sánduches con café cuando no había tenido tiempo de desayunar en casa.

Había una razón más que le hacía transitar el mismo camino. No lo comentaba con nadie, ni siquiera consigo mismo, porque intuía que había algo infantil e inocente acerca de ella: a mitad de la cuadra se abría un ducto de ventilación entre los parterres del hotel. Fingía que tenía que amarrarse los cordones, o hurgaba en su mochila, o leía con intensidad el pasaje de un manual, o limpiaba las lunas de sus lentes, o escarbaba en sus bolsillos solo para permanecer junto al aire caliente del ducto.

La pesadez de la mala noche se disipaba más pronto las mañanas en que tenía la vista libre y se calentaba disimuladamente junto al ducto. La sensación se prolongaba tanto que, cuando volvía a casa, cansado, en bus, se sentía íntimamente reconfortado al pasar por el hotel.

Los exámenes de fin de semestre no tardaron en llegar. Las horas de estudio se prolongaron casi hasta el amanecer. Las palpitaciones ahora lo acompañaban todo el tiempo. Y las lluvias, en lugar de dar paso a la estación más soleada, arreciaron. Ya no tenía tiempo ni cabeza para nimiedades.

Los exámenes se distribuyeron en dos semanas para que los alumnos de Medicina tuvieran tiempo de estudiar a fondo cada asignatura. A Roberto, de cualquier manera, le pareció absurdo que las autoridades pretendieran que en catorce días se revisaran los miles de páginas que en suma se habían visto a lo largo del semestre. Tomaba las copias al azar, o bajaba por el archivo hasta dar con el encabezamiento de un nuevo capítulo, y leía prestando atención solo cuando se topaba con temas que más o menos recordaba.

Llegaba un punto en que perdía el control de sus párpados. Se quedaba sentado frente al escritorio con los ojos entreabiertos, la espalda ligeramente encorvada, y escuchaba el rumor de la lluvia del otro lado de la ventana. Se iba a la cama. Pero la certeza de que no podría dormir las dos horas que le quedaban le hacía dar vueltas buscando la posición más cómoda y caliente.

Al tercer día se sentía más exhausto que nunca. Justo cuando se disponía a plegar la pantalla de la laptop, antes de acostarse, había escuchado ruidos en la bodega de abajo. Primero un golpe seco contra el tejado de zinc; luego de unos minutos algo como el rasguído de una tela larga y recia en el interior, acompañado de una especie de gimoteo.

Se dijo a sí mismo que quizá la lluvia había arrastrado basura de la azotea y agujereado el tejado y ahora inundaba el interior. Prometió que a primera hora lo investigaría.

La alarma del celular lo sorprendió profundamente dormido. Le costó despojarse del sopor que lo envolvía. Recogió las notas que había tomado durante la noche con la esperanza de recuperar algo de lo que había leído. No desayunó. Anduvo a zancadas irregulares y despacibles con los papeles entre las manos. Tenía que releerlas varias veces porque su propia letra le resultaba críptica y confusa. Cuando enfiló la acera del hotel pensó en pasar por la panadería. Mientras intentaba organizar sus notas, un detalle discordante, atisbado por el rabillo del ojo, llamó su atención. Un bulto encima del ducto de ventilación. Pensó que se trataba de una bolsa de basura dejada por un conserje descuidado o furioso. Una pierna se extendió. Era un hombre, más bien un adolescente, quizás un niño, encogido bajo una bolsa de basura sacudida por las ráfagas de aire. La usurpación de un espacio que consideraba suyo le pareció inadmisibile. Frunció el entrecejo y continuó su camino sin recordar porqué se había detenido.

En el bus de regreso pasó con la frente pegada a la ventanilla para comprobar si el intruso seguía ahí. Pese a que no lo vio, aún se sentía molesto.

Hizo ejercicios de respiración. Dio vueltas por su cuarto. Pretendió abstraerse en la asignatura que le correspondía para el día siguiente. Fue en vano. La lluvia, que además traía un quejido lastimero con su rumor, lo exacerbaba. Se fue a la cama temprano y permaneció en vela, aquejado por las palpitations de sus sienes que se acrecentaron por un aullido cuyo origen no quiso determinar o que sencillamente lo achacó a su deteriorado estado mental.

Al levantarse se preparó el desayuno. Untó tostadas con mantequilla. Frio dos huevos y dos lonchas de tocino. Tomó tres tazas de café. Y guardó dos sánduches de jamón y queso en su mochila. Era consciente de que no había estudiado, de que ni siquiera sabía qué examen debía rendir ese día; de igual modo salió de su casa. Frente a la entrada descubrió que la alcantarilla se había llenado de basura y que un charco inmundoso se abría alrededor.

Esta vez ya no experimentó ira ni rencor al toparse con el mismo bulto de ayer. Una curiosidad mórbida y compasiva reemplazó a su malestar. Incluso se sintió inquieto por la inmovilidad del adolescente o niño. Luego pensó que era una escena perfecta para un cuadro, no uno realista sino más bien de una violencia abstracta capaz de transmitir la agitación de la funda de basura y la petrificación del muchacho. Le habría gustado tener hojas vacías en sus cuadernos.

Fue su peor rendimiento en un examen desde que tenía memoria. Se culpó por no haber cumplido con sus obligaciones. Se sintió deshonrado ante sus padres. Ansiaba mortificarse por su vagancia. No quería reconocer que una grata molicie empezaba a extenderse por sus miembros con la promesa de una noche de sueño reparador. Se acostó temprano, arrullado por una auténtica tormenta de agua, a sabiendas de que por segundo día consecutivo dejaría una marca imborrable en su historial académico.

Se levantó contento, aunque un instante después se recriminó por su actitud. Repitió el desayuno del día anterior, convencido de que no se lo merecía. Los sánduches seguían en su mochila intactos. Luego de cerrar la puerta de entrada tras él, vio el espectáculo desagradable de los desperdicios flotando a lo largo y ancho de la calle. Dio un paso al frente. De la esquina emergió un carro con el acelerador a tope levantando una cortina de agua estancada y residuos que le cayó encima.

Atenazado por el asco de las bolsas de polietileno y restos de comida adheridos a su ropa, reculó hasta el interior. Se quitó sus prendas con cuidado de no vomitar cada vez que veía una costra u olía sus propias emanaciones. Se fregó intensamente bajo la ducha. Opuso varias capas de algodón al tejido impermeable de un traje deportivo. Y buscó sus botas de caucho por toda la habitación. Estuvo a punto de dirigirse a la habitación de sus padres cuando recordó que estaban almacenadas en la bodega, en un rincón, al lado del equipo de pesca. Se encaminó hacia allá.

El interruptor no funcionó. Apenas se adivinaban las siluetas de las estanterías, pilas de diarios en las esquinas, paneles arrumbados a la pared y ristas de cabos colgadas de las vigas del tejado. Se sentía la opresión de un cuarto atiborrado de objetos olvidados. Al fondo, por el vértice izquierdo, se colaba una claridad brumosa. Algo, quizás un balde, debió haber caído de la azotea, pensó. Como la bodega estaba ubicada en un suave declive del terreno, hacía falta descender tres escalones para llegar al suelo.

Roberto bajó lentamente. Al posar el pie en el segundo escalón, la húmeda sensación del calcetín mojado casi le hizo perder el equilibrio. La bodega estaba inundada. Volvió a experimentar el asco del chapuzón reciente. Una arcada lo levantó hasta llevarlo al filo del primer escalón de la bodega. Se sostuvo de la pared y se contuvo. Pasó un largo rato inmóvil. Tengo que irme, pensó, ya no puedo perder más tiempo. Encendió la linterna de su celular. Las botas se habían acercado a la puerta, transportadas por el agua. Extendió una mano, mientras con la otra se sostenía de la jamba de la puerta. Las alcanzó. Entonces vio que a un lado, justo por debajo de la estantería más cercana, aparecía una bola de

pelos blanca y negra, como un guaípe. Le apuntó directamente con el celular. Era un cachorro de gato. Se había ahogado. No era el único. Por uno y otro lado había cachorros flotando. Esta vez Roberto no pudo contener las arcadas.

Vaciló entre contarles a sus padres el hallazgo o ponerse las botas y marcharse. Se tomó tanto tiempo que finalmente optó por irse sin decir nada.

Se desplazaba por inercia. Daba un paso tras otro sin siquiera darse cuenta, como si tuviera los pies congelados. No sabía a dónde se dirigía. Había perdido el control de la cintura para abajo. No era capaz de pensar. Tenía la mirada clavada en el piso. Habría seguido así de no ser porque el retazo de una hoja, como si de la pluma de un ave de gran envergadura o de un lienzo en blanco se tratase, cayó acurrucada por el viento justo frente a sus ojos. Elevó la mirada. Vio más hojas suspendidas en el aire, llegando a su altura máxima, luego deslizándose con gracia hasta tocar el suelo.

Ahí estaba el niño, arrodillado en medio del ducto, con un cuaderno de tapas abarquilladas en el regazo. Arrancaba las hojas arrugadas y las arrojaba al aire del ducto. Tenía la mirada perdida.

Noveno cuento: Levantar el polvo

A ver, primero que nada, como ya te lo dije, él me contó todo. A la semana siguiente ya no podía soportar más la frustración y me escogió a mí para desahogarse, para contarme la verdad pese a que sabe que somos amigas de la infancia. Por supuesto, como no creo en las coincidencias, estoy convencida de que me lo dijo porque él sabía que tarde o temprano hablaría contigo. Quizás incluso deseaba que te reenviara la nota de voz, pero como el audio es demasiado largo y su discurso muchas veces es más patético que conmovedor, prefiero hacerte un resumen yo misma. En realidad, todo comenzó antes de lo que te imaginabas. No se debió exclusivamente al hecho de haberte visto o a una reacción momentánea, también entraron en juego otros factores que debilitaron su resistencia y le hicieron consciente, o al menos así lo creyó él, de cuánto te necesitaba. Cuatro semanas antes había visitado a su abuela. Fue, porque ella le había pedido que limpiara el desván. En verdad ella solo requería una olla, o paila, o marmita, o qué sé yo, para preparar la cena de Navidad, y aprovechó la oportunidad para pedirle a Luis que dejara el piso y el tejado impecables. Para subir hay que encaramarse por la trampilla que está al fondo del corredor de la segunda planta. La recuerdas, ¿no? La que nos quedamos mirando la primera vez que nos invitó a comer, cuando nos levantamos juntas para ir al baño y nos perdimos deliberadamente en los pasadizos de arriba. Tú dijiste que parecía un portal a una dimensión desconocida y yo que más bien debía ser el trastero. El punto es que Luis, armado de un trapo, una escoba y un balde de agua, se metió por ese agujero confiando en terminar la tarea por la tarde. No contaba con que habría de regresar no solo con el objeto de limpiar el desván, sino de escarbar entre las cajas apiladas en un rincón, de las que extrajo teléfonos de disco averiados, juguetes maltrechos o descuartizados, utensilios de cocina, recipientes de metal desportillados, retratos en marcos cedidos, álbumes de fotos amarillentas, discos de acetato, postales, diarios, cartas... De hecho, ya el primer día encontró lo que fuera que necesitara su abuela, pero con la excusa de que todavía le quedaban áreas enteras por asear, volvió. Por las mañanas se dedicaba a restregar las vigas y travesaños del tejado para levantar el polvo y luego de un rato barría el piso, cada vez más encogido por el declive del tejado; por las tardes vaciaba el contenido de las cajas y guardaba cada cosa en su lugar. Me dijo que, como no había luz

y la linterna de pilas que le dio su abuela se fundió apenas la encendió, se las ingenió para ver con la linterna de su celular. Solo imagínate la escena: Luis acuclillado en medio de un desván polvoriento y oscuro sosteniendo en una mano su celular mientras con la otra repasa uno por uno los objetos que saca de las cajas. La verdad es que ni siquiera se le habría cruzado por la cabeza de no ser porque ya el primer sábado, al golpear con la escoba una de las cajas, se desprendió una carta que cayó al suelo. El sobre estaba dirigido a Fabiola Quezada. No tenía remitente. No le hizo falta más que leer el primer párrafo de la carta para sentir cómo sus piernas se aflojaban y la cabeza le daba vueltas. Estableciendo una semejanza escabrosa proferida en un instante de confusión, me confesó que solo había visto un texto tan ardoroso al releer los mensajes que solía mandarte. Claro que él no sabe que tú me los reenviabas a mí y que los examinábamos juntas. Para mayor desconcierto, al pie de la cuartilla, a modo de firma, solo había una letra, una inicial: V. Mi abuelo se llamaba Rodrigo Santiana, repitió varias veces en la nota de voz. Como en la caja que había arrojado la carta no halló más que un amasijo de quincalla, se propuso desde ese instante inspeccionar y catalogar cada una a fin de recuperar toda la correspondencia. Esa actividad se convirtió en el motivo principal por el que Luis regresaba a la casa de su abuela, ya que ni siquiera se comedía en almorzar con ella ni en comer el postre o tomar el té. Le tomó cuatro días, dos fines de semana completos, reunir cada sobre de carta desgarrado y cada cuartilla fugitiva, una labor que pudo haber terminado antes de no ser porque a la recolección de cartas se sumaron la revisión de los álbumes familiares y la lectura de las postales y de un diario. Pero espera, el diario aparecería después. Antes, fue suficiente con agrupar las cartas y postales en una sola caja y depositar los álbumes familiares, a medida que eran revisados, en otra. No hizo hincapié en esto ni me describió ninguna foto. De todos modos, yo sospecho que ya entonces, cuando en medio de la contemplación de un álbum familiar le asaltaba el recuerdo de la única carta que había leído, el asco se apoderaba de él. Hasta me lo puedo figurar: una pareja de amplia sonrisa sentada a las orillas de un río con el paisaje de una ciudad europea de fondo, nada más común y corriente, y a un lado, a la sombra de un puente, una figura siniestra, a duras penas una silueta, descompone todo el cuadro desde el momento en que se advierte su presencia; por una singular atracción que ejerce sobre el observador ya no hay manera de quitarle la vista de encima. Luis acabó de organizar el desván el segundo domingo por la tarde. Con la aprensión de quien debe cumplir con una obligación impostergable, leyó las cartas en orden, ya sabes lo sistemático que es, dejando las que no tenían fecha ni sobre para el final, así como las postales. Las que estaban firmadas por

V apenas llegaban a la media docena. No quiso darme detalles. Creo que consideró de mal gusto hablarme de las proposiciones y evocaciones de V, sobre todo porque ya se le había escapado que se parecían a las que él solía hacerte o porque tenían el propósito de excitar o rebelar a su abuela, una mujer que para ese entonces, como esta vez sí puso énfasis, ya estaba casada. Por extraordinario que parezca, sacó este último dato de la comparación entre la fecha que constaba al pie de un retrato de sus abuelos tomado el día de su matrimonio y la primera carta fechada de V. No le pregunté si era posible que la relación epistolar de V y su abuela hubiera empezado mucho antes, aunque dudo que Luis pasara por alto esa posibilidad. Lo que sí me dijo, y de ahí que me figurara la escena anterior, fue que había una postal con una panorámica del Danubio enviada por V, quien daba a entender que había seguido a la pareja de casados hasta Europa solo por permanecer cerca de ella. Esa noche Luis no pudo dormir. El hecho de que las cartas parecieran delatar una intimidad depravada le quitó el sueño. Acosado por preguntas que no quería formular, dio vueltas y vueltas en la cama hasta que halló la manera de distraer su mente. ¿Recuerdas que te conté que había borrado tu chat, incluidos los audios, documentos, videos e imágenes? Pues resulta que tenía un respaldo. Pasó leyendo, viendo, escuchando todos los contenidos almacenados en secreto durante meses. ¿O años? ¿Cuándo terminaron? A veces pierdo la noción del tiempo. En fin, que no pegó ojo en toda la noche. No sé qué tan lejos llegó, solo me dijo que se había convencido de algo: de que había sido feliz. En ese instante se me antojó interrumpir la nota de voz para recordarle que hacia el final de su relación, mientras a ti te mandaba mensajes pidiendo paciencia y haciendo alarde de su amor, a mí me decía que, si bien te amaba, no se sentía seguro de sí mismo; en pocas, me dejaba entrever que su voluntad empezaba a flaquear. No le dije nada. Al final tampoco hizo falta. A la mañana siguiente, con la cabeza entorpecida por la falta de sueño, se saltó las primeras horas de clase. Recuerdo su ausencia, porque el doctor Morán insistió varias veces en llamarlo mientras tomaba lista. Me parece que incluso le escribí para preguntarle dónde estaba y que no me contestó. No me resultó extraño, al menos no más de lo normal. Se veía muy perturbado por entonces y me evitaba. Yo solo lo dejaba. Ahora sé que esa mañana volvió a casa de su abuela. Estaba convencido de que había pasado por alto algo fundamental. ¿Qué?, no lo sabía, y si lo sabía, no me lo dijo. Yo tengo la sospecha de que iba con la intención de confrontar a su abuela. ¿Por qué? Porque me dijo que, cuando llegó en la mañana, no había nadie. ¿Lo entiendes? En lugar de subir directamente al desván, como lo había hecho los días anteriores, la llamó y deambuló por los corredores en busca de ella. También estoy

persuadida de que, aunque la hubiera tenido en frente, no habría sido capaz de manifestar lo que le aquejaba. En todo caso, súbitamente se le ocurrió que quizás lo que buscaba había permanecido oculto entre las cajas o había pasado desapercibido para sus ojos. Pasó por la trampilla una vez más. Releyó las cartas, hurgó en los recipientes y utensilios, registró el interior de cada funda de disco. Todo fue inútil. No encontró nada. En un arrebato de furia lanzó una caja contra la pared medianera. Necesitaba respuestas a una inquietud que no se atrevía a adquirir la forma de una pregunta y se sentía abrumado por la incertidumbre. Tardó un buen rato en serenarse. Me dijo que para aliviar su mente alterada repasó una vez más tus fotos. No sé qué clase de fotos le enviabas, pero a mí no me engañas; yo sé que él no solo estaba melancólico y confundido, sino también, aunque no del todo o aun en contra de su voluntad, excitado. Cuando recobró la calma, o al menos cambió de pensamientos, se dispuso a recoger el desorden. Con la escasa iluminación de su celular recorrió la pared de un extremo al otro. Levantó los cucharones, trinchas, exprimidores, cernidores, rodillos, todos esos cachivaches que siempre ves en la cocina y que no puedes nombrar, que estaban desparramados por todas partes. Mientras se acercaba al último rincón que le faltaba, un brillo muy tenue atrajo su atención. En el espacio que debía haber ocupado un ladrillo, justo por encima del friso, había un arcón cuyas bisagras destellaban débilmente a la luz de la linterna. Luis lo sacó, le dio la vuelta, lo desempolvó. Admirado por sus relieves, lo examinó sin animarse a forzar el candado. Lo agitó con la esperanza de adivinar su contenido. Estuvo así, haciéndolo sonar, hasta que se sintió cansado. Solo atinó a ponerlo encima de los implementos de cocina y regresó a su departamento. Decidió ya no darle más vueltas al asunto. Se dio cuenta, según él, de que no valía la pena desperdiciar el tiempo en recuerdos que ya habían sido sepultados. De seguro creyó que con eso yo también bajaría la guardia. No soy tonta, él se refería exclusivamente al pasado de su abuela. Él no volvió a eliminar tu chat. Tú misma me lo dijiste, cuando te percataste de su presencia él parecía ensimismado en su celular, y a juzgar por el mensaje que te envió en la noche, debió haber estado leyendo sus conversaciones una tras otra y admirando tus fotos, entre las que sin duda había varias de ti con tu vestido amarillo. Vamos, apuesto lo que quieras a que no me equivoco. Era el mismo que llevabas ese día y el que desencadenó la larga retahíla de evocaciones que se esmeró en enumerar. Porque fue ahí, en la feria de regalos, donde a Luis se le reveló como una epifanía que tú eras la mujer de su vida. Suena horrible, ¿no? La mujer de su vida. Un temblor recorre mi cuerpo cada vez que lo digo. Aunque espera un segundo. No. Tal vez sí me equivoco. Ahora que lo pienso, más bien es probable que en ese momento,

cuando lo viste sentado con su celular entre las manos, estuviera escribiéndole a alguien más, quizás con la intención de retrasar su llegada. Ya llegaré a eso, primero necesitas saber algunas cosas más. Pues bien, según mis cálculos, su reencuentro, aunque no intercambiaron palabra, tuvo lugar tres días antes de Navidad, el domingo de la misma semana en que Luis halló el arcón. Desde entonces mantuvieron contacto cada día. Sus mensajes se hicieron más apasionados, incluso febriles. Se recordaron mutuamente las promesas incumplidas y juraron enmendarlas. Fijaron el primer día del año como el punto de arranque de su nueva relación. Comenzar frescos, como él te dijo. ¿Es que acaso se puede decir algo más torpe e ingenuo? Puede que tú desearas verlo, besarlo, pasar una noche entera con él una vez más, así fuera la última. Yo considero que tuviste suerte, que fue mejor para ti irte lejos de la ciudad a pasar las festividades con tu familia. Él, por su parte, como tú bien sabes, pasó en casa de su abuela. Como habían estado hablando ininterrumpidamente, es posible que incluso pienses que no hay un solo detalle de su Nochebuena que desconozcas... Lamento tener que desbaratar tus fantasías. Hablaron hasta tarde, sí, es innegable. Pero Luis omitió los verdaderos acontecimientos y sensaciones que experimentó esa noche. Doña Fabiola lo recibió en la puerta. Lo reprendió por no haberse quedado ni un solo día a conversar con ella y rechazar obstinadamente la comida que le había ofrecido. Casi sin transición mudó de semblante, le agradeció cálidamente por el arduo trabajo realizado en el desván y lamentó que sus padres no pudieran estar presentes debido al crucero en el que se habían embarcado. A manera de premio, le dijo, tenía un regalo impresionante esperando por él. Luis se escabulló como pudo de los corros de tíos, ansiosos por preguntar cómo iba la carrera, y de los juegos infantiles de sus primos, empeñados en adjudicarle el papel de juez o árbitro al mayor de ellos, al único que está en la universidad y dobla en edad al siguiente de la lista. Refugiado detrás de la pantalla de su celular, Luis intentó disimular, no me cabe ninguna duda, el malestar que le embargaba cada vez que miraba a su abuela. Claro, no pudo evadirse toda la noche. A la hora de la cena no le quedó más remedio que sentarse a la mesa. Cada vez que alguien ensalzaba los deliciosos manjares preparados por doña Fabiola, ella acotaba que nada de eso habría sido posible sin la colaboración de su nieto mayor, con el cual, como ella decía, todos los presentes estaban en deuda. Luis percibía cierta nota de ironía en la voz de su abuela que reforzaba en él la idea de que era una hipócrita, una mujer capaz de mantener una aventura incluso desde el principio, si no desde antes de su matrimonio. Quería desenmascararla, exhibirla como una mujer concupiscente que jamás había deseado una familia. En su fuero interno, como admitió

que había pensado, él habría preferido que su abuela se hubiera quedado con V para así ahorrarle a él la contemplación de esa farsa. A la primera oportunidad que tuvo, salió del comedor y se encaminó al desván. Esta vez ya no arrojó una caja; en su lugar destrozó el candado del arcón con uno de los antiguos teléfonos de disco. Algo me dice que no sucedió así, que en realidad el arcón quedó reducido a astillas, aunque no puedo probarlo. En fin, ¿qué importancia tiene? En el interior halló un diario de tapas de cuero repujado. Las primeras líneas le revelaron que se trataba del diario de su abuela. No supo cuánto tiempo pasó sumido en la lectura. De no haber sido por los gritos de sus primos, no se habría movido de ahí hasta la mañana siguiente. Cuando bajó, ya había comenzado la repartición de regalos. Como a todos los mayores, no le correspondieron en suerte más que paquetes de medias y calzoncillos. Tampoco esperaba nada más. Sin embargo, cuando ya solo quedaba una caja oblonga envuelta en papel de regalo debajo del árbol, su abuela se levantó. Había esperado hasta el final porque quería rendir unas palabras a Luis Santiana, el mayor de sus nietos, y homenajearlo por estar cada vez más cerca de convertirse en un abogado como su abuelo. Se congratulaba a sí misma por el magnífico trabajo que había hecho con sus hijos, de tal forma que ellos fueron capaces de replicarlo con los suyos, y manifestaba su satisfacción porque barruntaba un futuro exitoso en el porvenir de su descendencia. Le pidió que abriera la caja. La familia entera se amontonó alrededor. Hubo más de una expresión de perplejidad cuando Luis retiró la tapa. Se trataba de la panoplia que había estado a espaldas de Rodrigo Santiana, en su despacho, desde que este abrió su propio bufete de abogados. Doña Fabiola contó que su marido la había comprado en Viena, cuando hicieron un viaje por Europa para festejar su primer aniversario, y que, como la colgó ahí desde el inicio de sus actividades profesionales, le había atribuido el valor de un amuleto. El pobre Luis estuvo a punto de caerse de boca al escucharla, no tanto porque le pareciera un obsequio inmerecido como por la asociación que había hecho. Todavía tuvo que soportar las anécdotas y felicitaciones de sus tíos un rato más. Por algún motivo que se le escapaba, algunos le dirigían burlas malintencionadas disfrazadas de chistes inofensivos, como si hubieran estado celosos. Tal era el caso de su tío Antonio, el que se había quedado con el bufete. Tan solo a las tres de la madrugada, poco después del último mensaje que te envié, pudo volver a su departamento. Como ves, su velada no había sido tan apacible y alegre como te hizo creer. Una vez en su cuarto, dejó la panoplia a los pies de la cama, se sentó en su escritorio y volvió unas cuantas páginas del diario para releer un pasaje. Ahí estaba, justo donde lo había visto: su abuela narraba el día en que su marido compró la panoplia. Calificaba la

nueva adquisición con adjetivos como ridícula, desproporcionada, kitsch, desagradable y anunciaba que jamás le permitiría colgarla de las paredes de su casa. A renglón seguido, Fabiola Quezada contaba que ese mismo día se había citado con Alfredo Valdepeñas, un español adinerado, asentado en nuestro país desde hacía décadas, que se desvivía por ella y que la había seguido hasta el otro continente. Se refería a él con lástima. Te preguntarás por qué Luis, que había obtenido pruebas contundentes de la hipocresía y la perfidia de su abuela, no hizo nada en casa de ella si parecía dominado por la rabia. Pues bien, hay una razón muy simple. Mientras Luis leía el diario a la luz de la linterna de su celular en el desván, le llegaron dos mensajes. El primero, tuyo; el segundo, de la muchacha con la que salía, con la que había empezado a relacionarse en las semanas que precedieron a su rompimiento, y a la que esperaba cuando ustedes hicieron contacto visual en la feria de regalos. Se dio cuenta de que a las dos podía responderles más o menos del mismo modo sin sentir realmente cada una de sus palabras, y entonces comprendió todo. Él no estaba enamorado como V; él jugaba como su abuela. Volver a leer sus antiguas conversaciones, ver cada foto, escuchar cada nota de voz, habían despertado en él una imagen distorsionada de la relación que tuvo contigo. Porque él cayó en sus propias trampas, en sus promesas, en sus ensoñaciones, hasta que se dio cuenta de que te había traicionado, que se había hastiado de ti al punto de mentirte sin experimentar remordimientos. Sintió asco de sí mismo. No durmió por preguntarse si su abuela había leído de vez en cuando las viejas cartas de amor de V para satisfacerse con el recuerdo de su aventura y si después, para no dejarse llevar por las apariencias, le hacía falta desenterrar el diario para caer en cuenta de que todo había sido una ilusión montada por ella; si todavía recordaba siquiera lo que había escondido en el desván. Se apenaba por su abuelo, envuelto en un duelo imaginario con un enemigo invisible por defender a una persona que realmente nunca lo había querido, blandiendo al aire uno de los sables de la panoplia. Al despuntar el sol ya tenía claro lo que haría. Decidió echar la panoplia al contenedor de la basura, dejar de responderte y aplazar indefinidamente el inicio de las pasantías, fijado para la segunda semana del año, en el bufete familiar. Hasta lo envidio un poco, yo daría lo que fuera por tomar su lugar en un bufete tan prestigioso... Pero bueno..., yo creo que él ha montado esta campaña de desprestigio y autosabotaje en su contra porque quiere sentir el peso de su culpa. No me asombraría enterarme de que ha hecho lo mismo con la otra chica. Yo, si fuera tú, no me preocuparía por no recibir respuesta, más bien me angustiaría si más luego me escribe como si nada hubiera pasado. Quién sabe cuánto tiempo puede pasar antes de que volvamos a creer en nuestras propias ficciones. ¿Sabes? Me siento

culpable contigo. Después de todo, yo fui quien los presentó. Pero ya no vale la pena darle más vueltas. Intenta disfrutar del último día del año.

Décimo cuento:
El fin de la espera

Andrés apoya el hombro en la puerta abierta. Debe asistir a una cita muy importante con Diana. No ha parado de pensar en cómo manejar el próximo encuentro. Cree que ha barajado todos los escenarios posibles para no cometer errores.

—Si no te apuras tendré que dejarte —le dice.

No le gusta interrumpirla. Sabe que a ella le fastidia. Desde que la agencia de publicidad reanudó los proyectos, no abandona su celular ni para ir al baño. Se hace tarde. *Si me voy solo, aún puedo llegar a tiempo o ganar algunos minutos.* Ha dejado abierta la aplicación para pedir un carro. Vacila en presionar el botón. El lugar de destino está guardado. Ya casi no puede resistir la tentación de llamarla de nuevo cuando ella misma se levanta y con un gesto le indica que pida el carro.

Andrés sube seguido de Diana. No se hablan durante el trayecto. Al parecer ella aún tiene muchas cosas que hacer. A él siempre le ha asombrado la habilidad de ella para desplazarse con el celular entre las manos. Tampoco es que tenga ganas de conversar. Prefiere distraerse con la vista a través de la ventanilla del carro. *La ciudad y su gente.*

Aprovecha un semáforo para fijarse en la pantalla gigante de un centro comercial que proyecta un video publicitario. La escena representa a un niño mirando a la distancia a una niña que construye un castillo de arena. El niño no se anima a acercarse. Parece contrariado. Da vueltas sobre su sitio y luego vuelve la mirada. Recién cuando el sol está por ponerse, toma impulso y camina hacia ella. Se pone en cuclillas para hablarle mientras agarra puñados de arena que deja correr entre sus dedos. La silueta de un adulto que lo llama con la mano aparece a un costado. El niño alza la cara por encima del hombro. Se refleja su deseo de quedarse.

Andrés no puede ver el resto de la secuencia ni la identidad del auspiciante, otra vez están en movimiento. Tampoco le hace falta averiguarlo. Se trata de una campaña lanzada por la agencia de Diana. Él se adjudica en secreto la creación de los personajes y el escenario. Las salidas creativas de ella muchas veces salen de él, sin que nadie lo sepa.

A pocas cuerdas de su destino, Andrés empieza a moverse en su asiento. Trata de captar la atención de Diana. Incluso se agita con más fuerza. No hay respuesta. Se distrae

mirando cómo los dedos de ella se deslizan vertiginosamente sobre la pantalla de su celular. Decide dejar que ella descubra por su cuenta que han llegado.

Baja solo y se encamina a la puerta del edificio. Hace el ademán de llevarse las manos a los bolsillos. Siente las llaves a través de la tela del pantalón. Está por sacarlas cuando Diana le reprocha a sus espaldas por no avisarle. Entonces recapacita. *¿Qué estoy haciendo?* Pulsa el timbre del departamento del quinto piso. No transcurren más de diez segundos cuando la puerta se abre. Le cede el paso a Diana.

En el umbral de su departamento, de brazos cruzados, está Hannah. Les conmina por la hora en un español chapurreado. Andrés no puede evitar sonreír. Le complace y le causa ironía que al fin se comunique, así sea un poco, en su lengua.

—Hannah, cómo ha mejorado tu español —dice Diana—. Se nota que has estado practicando. ¿Dónde aprendiste? Lo siento. No imaginas cuánto he deseado verte, pero, ya sabes, no tengo tiempo ni para mí.

Nadie ha podido decir nada más porque Diana pasa al departamento sin pedir permiso. Andrés se encoge de hombros, Hannah se ríe y entran juntos.

—No me habías dicho que escogiste un edificio tan bonito —dice Diana—. También tiene muy buen gusto por dentro. Por lo que veo te instalaste muy rápido. ¿Cuándo llegaste? Perdona, no lo recuerdo.

—Hace tres semanas —dice Andrés— Te lo dije en la mañana.

—Lo siento, sabes que soy muy despistada.

—Lo que tú tomas por un defecto yo la veo como tu más grande virtud —responde con una sonrisa enigmática.

—¿Y hasta cuándo te quedas? —dice dirigiéndose a Hannah.

—Tres semanas más, hasta el fin del verano. También te lo dije en la mañana — Se apresura a decir Andrés.

—Basta. Deja que ella responda —dice Diana molesta.

Desde el comedor, Andrés contempla la cocina, ordenada y limpia para la ocasión. *Ni un plato sucio en el fregadero.* Sobre la mesa hay comida china, también cerveza y vino.

Mientras las dos toman asiento y se ponen al corriente, él se pasea por la sala. No quiere terciar en la conversación. El breve diálogo con Diana lo ha puesto tenso. Detesta fastidiarla, sobre todo cuando habla de más y se le escapan cosas que no debe decir o que ella no quiere escuchar. Escoge el sofá frente a la ventana y se tiende a lo largo. Desde ahí puede oír la charla, verlas si dobla la cabeza, echar un vistazo alrededor.

Los departamentos amoblados poseen la extraña cualidad de contrastar con sus huéspedes transitorios. La diferencia salta a la vista al principio; luego puede disimularse si la estadía es larga. A Andrés le parece curioso que el departamento escogido por Hannah a través de una aplicación de alojamiento hoy tiene el mismo aspecto que el día de su arribo al país. Si se pone quisquilloso, incluso luce tal como lo vio en fotos, cuando ella planeaba el viaje. Le divierte constatar que Hannah ha arreglado todo para su visita.

El orden no resulta natural en ella. Cuando regresó por primera vez, después de muchos años en el extranjero, no se podía andar por su habitación. Era una adolescente orgullosa de probar que habitaba en el caos y la exageración. Vino con su madre, alemana de origen, y no intentó estrechar lazos con su padre, al que no había visto desde pequeña. Diana y yo fuimos invitados a los paseos. Un fin de semana podíamos estar en la cumbre de una montaña, así como el siguiente de cuclillas frente al mar. Entonces no importaba que no pudiéramos hablar. Los gestos, las sonrisas, las miradas, las muecas, las interjecciones se convirtieron en nuestro lenguaje. Pero lo cierto es que hemos crecido, ya no hacemos las mismas cosas.

Un estallido de risas trae de vuelta a Andrés de sus ensoñaciones. No ha seguido el curso de la charla. Sin darse cuenta empezó a divagar. Ya no le interesa tampoco escuchar. Hannah, con lo que ha aprendido, puede defenderse bien. Más bien le gustaría asomarse al corredor que se abre justo en medio de la sala y el comedor, el que conduce a la habitación. Se pregunta si el interior está en perfecto orden o si hay huellas de sus tres semanas ahí. A diferencia de los espacios comunes, le inquieta el estado de la habitación. *Lo más probable es que la haya limpiado también.* Se sienta para verlas de frente.

Por un momento considera la posibilidad de adentrarse como si quisiera conocer el departamento. Luego se da cuenta de que Diana también querrá que se lo muestren y desiste. Decide que será mejor dejarlas continuar. *No más interrupciones por hoy.* Él, por su parte, ya no quiere permanecer sentado. Se despereza, se incorpora, rodea el sofá y mira por la ventana.

La avenida es ancha, tiene seis carriles. Los del medio sirven exclusivamente para el transporte público. En la acera de enfrente, Andrés atisba en la entrada de un edificio a una mujer que cada tanto sale a la vereda, mira a un costado y luego hacia arriba. Realiza el gesto de quien espera a escondidas de su familia la llegada de alguien. La operación se repite varias veces. El rugido del motor de un bus articulado hace que Andrés cambie de objetivo. Ve a las personas que bajan del transporte, caminan por el andén, cruzan la

salida y se dispersan por la calle. Un hombre, que no se decide a donde ir, llama su atención.

La mujer de repente se planta en la vereda. Hace contacto visual con el hombre. Ahora parece que tanto la una como el otro no saben qué hacer. Él da el primer paso, se aproxima despacio. Ella le pide que se detenga, manotea el aire para darle indicaciones. Andrés se cree el único asistente a la representación de dos mimos. El hombre dobla hacia la esquina y se sienta a la mesa de una cafetería. La mujer da media vuelta y entra al edificio. *No hay minutos más largos, ni siquiera los años se cuentan igual, que los de la espera cuando se tiene a la persona amada cerca.*

Andrés se pone en el lugar del hombre. Siente su ansiedad. El tiempo se ralentiza hasta hacerle pensar que todos los relojes del mundo se han descompuesto. La gente y los vehículos pasan sin saber que gracias a su influjo temporal llegarán más pronto a su destino. Le desconcierta y lo desespera la belleza de un instante que se prolonga ante el deseo que no para de crecer. Andrés recobra su puesto en la ventana cuando ve que un carro emerge del estacionamiento y se va por la avenida. Entonces el hombre se levanta, vacía su taza de un trago, corre a largas zancadas y se pierde en el interior del edificio.

Andrés se separa de la ventana y se dirige a la mesa. De paso por el corredor vislumbra el interior de la habitación a través de la puerta entreabierta: ropa desperdigada por el piso y el ámbito en penumbras por las cortinas. Antes hubiera sentido miedo de haber olvidado una prenda en el interior; ahora no puede esperar el momento de tumbarse en la cama. Al volver la vista se topa con la mirada de Hannah. *Otra vez, el lenguaje carente de palabras.* Él se la sostiene incluso unos segundos después de sentarse.

—¿Por qué no me habías dicho que salieron el viernes? —le increpa Diana.

—Porque si no te lo escribo por mensaje no me respondes —dice Andrés.

—Sabes que he tenido mucho trabajo.

—Lo sé. Por lo mismo no quise distraerte. No hace falta que me regañes como a un niño. Ya no somos niños.

—Es que no lo entiendes. Yo también he tenido muchas ganas de visitar a nuestra prima. He deseado mucho vernos a los tres Rodríguez reunidos de nuevo.

—Aquí nos tienes. Pero tampoco hay que abusar. Hannah querrá descansar.

—¿De qué hablas? Recién llegamos y aún no hemos comido. Despejé todas mis tareas pendientes por estar aquí. ¿Acaso no me viste trabajando en el carro?

—Diana, tú trabajas todo el tiempo —dice Andrés y Diana se ríe.

—Hoy no quiero más que estar con ustedes. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Diez años?

—Doce años y casi un mes —responde Andrés con impaciencia.

Conclusiones

La gestación de *Al abrigo de la pantalla* ha sido una de las experiencias más largas y enriquecedoras de mi vida. En mi adolescencia, cuando solo era un lector entusiasta, me fascinaba sumergirme en los mundos de ficción creados por inteligencias penetrantes e iluminadoras. De tanto leer, en algún punto yo también decidí que quería escribir. Comencé sin entender bien qué quería hacer. Me dejaba llevar por el impulso. El resultado, si bien nunca me satisfacía, me gustaba por el solo hecho de que yo lo había inventado. Me tomó algunos años darme cuenta de que, si me entregaba irreflexivamente a la escritura, no podía ni siquiera aproximarme a las expectativas que tenía de componer una buena obra. Tuve que profundizar aún más en la lectura para recién empezar a tantear el terreno.

Fui ganando en confianza conforme identificaba los procedimientos ajenos e interpretaba los libros con más agudeza. Extraje herramientas útiles de mis clases en la universidad. Los escritores que revelaban las claves de su oficio, además de producir novelas o cuentos excepcionales, también me sirvieron de mucha ayuda. Así adquirí nuevas destrezas que me permitieron conectar con mis ideas para luego buscar el modo de ilustrarlas.

Cuando me volví consciente de mis aptitudes y límites, pude emprender por primera vez la escritura de un cuento que ya no solo me pareciera un acto fortuito, sino la expresión de mis inquietudes éticas y estéticas. En las dinámicas de nuestro mundo tecnológico y globalizado, descubrí el filón de donde podían surgir las historias que quería contar. Uno por uno fueron apareciendo cuentos sobre la fragilidad psicológica del individuo contemporáneo, la incomunicación ocasionada por las redes digitales, la inequidad del sistema globalizado... Los viví como un drama personal para entregarlos después a los lectores con las emociones vívidas de mis personajes.

Yo pienso que la literatura, en nuestros tiempos de sensaciones fugaces, todavía puede tender puentes y revelar verdades. Es un espacio de diálogo que puede ayudarnos a comprender mejor nuestra realidad. Espero que el lector comparta mi opinión y participe de ese espacio.

Obras citadas

- Bauman, Zygmunt. 2015. *Amor líquido*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- . 2017. *La globalización*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- . 2019. *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- . 2020. *Modernidad líquida*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Borges, Jorge Luis. 2019. "La muerte y la brújula." En *Cuentos completos*, de Jorge Luis Borges, 181-192. Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Canetti, Elias. 2008. *Apuntes I*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Fox 2000 Pictures. 1999. *Fight club*. Dirigido por David Fincher.
- Hemingway, Ernest. 1997. "Hills like white elephants." En *Men without women*, de Ernest Hemingway, 50-55. New York: Scribner Paperback Fiction.
- Kafka, Franz. 2005. *Cuadernos en octavo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Lipovetsky, Gilles. 2015. *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetsky, Gilles, y Sébastien Charles. 2006. *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama.
- Piglia, Ricardo. 2019. *Los diarios de Emilio Renzi*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Zafra, Remedios. 2017. *El entusiasmo*. Barcelona: Anagrama.